



Historias de la Calle

Rubén Darío Lotero

Corporación
REGIÓN

Primera Edición

Mayo de 1991

Carátula

“Pille, loco” de Luis Alfonso Orozco, sobre una foto de Femando Montoya

Ilustraciones:

Luis Alfonso Orozco

EDITA

CORPORACIÓN REGIÓN

© Corporación Región para el desarrollo y la democracia
Personería Jurídica 37252 de Enero 16/90
A.A. 67146
MedellínColombia

Impreso en MedellínColombia

De lo último que puede despojarse al ser humano, para reducirlo, es de la palabra. En estos relatos se siente la palabra de aquellos que habitan este Medellín, se siente su forma de ver las cosas y una manera especial de contarlos; son breves, con los sonidos justos, con la precisión de los hechos. Algunos parecen anotaciones que hace la memoria a la realidad, muchos son guiones, retazos de películas; todos son literatura.

Conocer exige acercarse por todos los caminos. Historias de la Calle es uno de los senderos; historias oídas, brotadas en clase de español, recogidas en talleres de jóvenes escritores; escritas por Rubén Darío Lotero y publicadas por la Corporación Región para permitir una lectura cada vez mejor de los signos, los silencios, la puntuación, la gramática de nuestra ciudad.

El Editor

*"En el cementerio de la calle
nos encontramos
con nuestra historia reflejada
en un pedazo de asfalto
y nuestro dolor regado
por toda la ciudad".
Claudia María Vargas Rico*

“Uno muere pero la guerra no muere”

1

Si se marcara con una cruz, como acostumbran aún en los campos y pueblos del país, el sitio donde "tumban" a alguien, muchos barrios de Medellín parecerían viejos cementerios.

También los antiguos romanos solían alzar un túmulo allí donde moría, en el campo de batalla, un guerrero, para que las generaciones venideras recordaran a los hombres que allí se habían cruzado. Pero ahora ¿quién recordará a los jóvenes que diariamente mueren en los barrios?

2

Toda verdadera historia es individual. Un hilo que se alarga. Un destino. Una tragedia.

Captar la conversación que sostienen unos muchachos sobre una de las tantas planchas de cemento que existen en los barrios que se asentaron sobre las laderas de las montañas de este valle, hace parte de la Historia.

Contar la historia de alguien. Pararse y contarla con comienzo y final. O contar la historia que otro ha contado.

Historias que atraviesan la ciudad de punta a punta y salen y entran continuamente llevadas por los hombres.

Historias de lo que se cuenta aquí y ahora. Idioma que se desplaza como el viento que a ratos recorre las calles de la ciudad.

La literatura siempre está comenzando: Hornero y Sherezada están naciendo y muriendo día a día.

3

Las próximas generaciones acaso hablarán de la violencia como ahora nuestros abuelos cuentan sobre aquellos años aciagos de la historia colombiana.

Si las literaturas constantemente están renaciendo, aquí traemos lo que sería la gesta, pero sin héroes, sólo con llanto y dolor, de un momento de nuestra historia (me refiero a la de la ciudad en particular).

Gestas que antiguamente hicieron nacer el canto que contaba. Poesía y cuento en boca de los que gustaban entretener a los demás con la sola palabra.

4

Es el relato de una guerra contada y escrita por jóvenes en tiempo de guerra; de una de las tantas guerras que coexisten calladas o con estruendo en nuestro país. Poemas o relatos escritos desde el otro lado de las paredes cerca a los balazos, el grito o el llanto.

5

Toda guerra es por un territorio conquistado que otros invaden. El continuo éxodo y desplazamiento de los hombres así lo determina, mientras no se cree la costumbre de la supervivencia; mientras ésta no sea ley construida por unos hombres de carne y hueso, que se sientan a acordar un destino común, un futuro; y no la ley de las armas.

Rubén Darío Lotero. Enero de 1991

"Supongamos que sé como devolveros la forma física: los huesos, la carne, la piel... y os devuelvo a vuestra familia, vuestros vecinos y vuestros amigos. Aceptarías?"

Chuang Tzu

RUMORES

Nuestra Señora de las Nieves

Hace un mes se celebraron las fiestas patronales a la virgen en la iglesia Nuestra Señora de las Nieves. La gente hizo ventas de empanadas, chuzos, chorizos, buñuelos, natilla, etc., para la iglesia. Pusieron música y bailaban. Hubo partidos de fútbol, procesiones y misa con un obispo y otra con un cardenal. Todo salió bien, al menos no mataron a nadie.

No vivía con nadie

En una ocasión un señor llegó de tomar. Él vivía solo.

Cuando estaba subiendo las escalas del barrio se cayó, se devolvió y quedó en un hueco. Al otro día lo encontraron todo quebrado. Para enderezarlo fue difícil. Llegaron a la conclusión que le dio un derrame y como no vivía con nadie...

Un rancho

Una gente era muy pobre y vivía muy arriba. La casa era un ranchito sin piso y casi sin techo. Allí vivían el matrimonio y siete hijos; dos de ellos estudiaban en la escuela.

Una noche cuando un aguacero azotaba la casa, escucharon un horrible estruendo. Se levantaron y alcanzaron a ver una gran piedra que rodaba hacia el rancho y salieron corriendo. La pobre gente quedó sin dónde pasar la noche pues la piedra ocupó el rancho. Un vecino tuvo misericordia y les dio posada, mientras volvían a levantar una casa. Pero al pasar los días se aburrieron con ellos y los echaron. Entonces sin saber qué hacer se fueron de por la casa y no los volvimos a ver.

Regalo

Él era un perro flaco pero bravo que mi papá compró para cuidar la casa. Teníamos una hamaca. Un día mi papá la puso en el corredor, pero en la noche se nos olvidó recogerla. Al día siguiente, al levantarnos, oímos que el perro aullaba; fuimos a verlo: se había enredado en la hamaca y para zafarse la volvió añicos. Mi papá lo sacó y le pegó con una chancla. De la rabia, mi papá nos dijo que se lo lleváramos a un primo que él tenía.

Algunos días después nos dimos cuenta que el perro estaba más flaco y muy maltratado, pues lo castigaban pegándole planazos con un machete. El perro se sentía aburrido con ese trato y

algunas veces, cuando encontraba la puerta abierta se entraba a mi casa. A nosotros nos daba mucha lástima pero era imposible tenerlo en casa. Como allá no le daban casi comida, se iba para la carnicería y esperaba la oportunidad para robarse un trozo de carne. Luego el primo de mi papá le regaló el perro a una señora. Allí fue mejor tratado hasta el día en que salió detrás de un muchacho de aquella casa, que iba a trabajar. El se montó en un bus; Regalo estaba en mitad de la calle, cuando pasó un automóvil y lo arrolló.

Mi padre

Mi padre hacía unos diez minutos había venido a casa y había vuelto a salir. Estaba muy extraño; aquel día había venido cinco veces. Nosotros no sabíamos por qué. Pero luego hubo una llamada donde mi mamita: decían que lo habían matado. A mi mamá le dijeron que estaba herido; nunca creyó que estuviera muerto. Cuando llegó al Piloto no la dejaban pasar; le decían que estaba vivo, pero era mentiras porque estaba muerto.

Esto ocurrió en San Blas, a las 10.50 de la noche. Le dispararon en la cabeza. Los que lo hicieron, no saben el mal que nos han hecho quitándonos el padre a dos hermanos, a los que quería y amaba mucho.

El amigo secreto

Acabé temprano la arreglada de casa y por la tarde salí de vueltón con las amigas a comprar el regalo. Como a las cinco compramos el aguardiente, el vino y las naranjas. A las nueve y media se prendió la cosa.

Fuera de los de la cuadra, cada uno por su parte invitó amigos. El descubrimiento fue tremendo rollo: adiviné quién me tenía, ¡de chepa!

Mi novio vino y estuvo conmigo apenas hasta las once. Pero cuando se fue, me cayó un muchacho y empezamos a cotizar; porque, la verdad, a mí también me gustó. Bailamos hasta el amanecer en una de las casas de la cuadra. Toda la noche bailamos.

Estrellado amor

Un muchacho era de una banda. Él, como todo vicioso, era muy lindo; varias mujeres vivían detrás de él. Una joven primero le tenía miedo; luego ese temor se convirtió en amor, pues él la miraba mucho. Y aunque tenía una hija, ella lo quería más y más.

Un viernes se fue para una finca con su combo. A los días se vinieron algunos; pero él nada que llegaba. Luego se supo que él y otro compañero estaban muertos.

Pero la joven aún no sabía nada. Ella estaba en un grupo juvenil y antes del ensayo de teatro, varias compañeras le contaron. La reacción fue de llanto; decía que ya el corazón le había avisado y lloraba inconsolable.

Asistió a su entierro pero lo más triste fue que no pudo verlo, ni siquiera en el ataúd, porque a él lo habían quemado y la caja estaba sellada.

Nombró una estrella; y cada que estaba triste hablaba con esa estrella, diciendo que era él para ella. No lo sabía sino ella.

Ella me esquivo

Cuando la saqué de la casa, sólo tenía diecisiete años. Ahora estamos separados por circunstancias que no conozco. Su indiferencia me ha cambiado del todo.

Desde que comenzamos mal me dediqué a matar. Yo tumbo a una persona y quedo sano; no ha pasado nada. Mato a un tipo por veinte mil y si es posible tres de una vez. Es más, acabo de venir de un pueblo donde dejé dos muñecos y véame aquí, estoy sano; y si se me atraviesa otro, también le doy el paseo. Eso sí, no tiro vicio; pero ¿qué más vicio que esta vida?

No sé qué hacer: cuando intento acercarme, ella me esquivo. ¡Usted no sabe cómo me siento!

Esta semana una pelada me contrató para matar a su marido. Cuando llegamos el hombre la cogió a golpes. Yo intervine y como intentó tirarme, lo maté. Le tuve que quitar cuarenta lucas a la pelada, pues era lo acordado, y me perdí. Por ahí me propusieron otro trato similar, pero yo quiero cambiar de vida... Claro que está muy difícil.

Una promesa

En noviembre mataron un amigo mío. Él me quería pero a mí solamente me gustaba. En toda la iglesia de San Blas le dieron tres balazos. Él no murió ahí mismo; alcanzó a llegar al San Vicente. Cuando estaba allá, yo llegué a tiempo y pude hallarlo vivo. Me colocó una promesa. Yo le dije que no, que él no moriría. Pero me dijo que ya sentía la muerte, que le hiciera una promesa. "Pasaré tres años sin tener amigos especiales como tú", le dije. "Tanto no; seis meses", replicó. "Siquiera un año", le pedí. "Está bien", me dijo.

Me quedé con él tres horas y por la noche falleció.

El pintalabios encendido

Resulta que por mi casa se oyó decir que habían matado a un muchacho por los lados de El Jardín. Todos pensamos que era mentira. Cuando lo subieron a las 3 de la tarde casi todos nos pusimos a llorar. Fuimos, lo vimos y lloramos más. Por encima de la casa se veía pasar mucha gente. Salían unos y entraban otros; por montonados.

Cuando lo iban a enterrar casi no lo dejan salir. Lo sacaron para la acera y le pusieron dos discos: Tumba humilde y El pintalabios encendido. Al terminar los discos se oyeron tres tiros. Esa era la despedida del barrio. Y a la salida de la iglesia se oyeron otros tres. Todo fue muy bonito.

Dos caras

Leonel era un hombre trabajador. No le hacía daño a nadie, ni daba perjuicio. Un día él pidió un arma prestada y se la robaron. Comenzó a pagarla por cuotas, pero luego dejó de pagarla porque no estaba trabajando. Por esto el dueño del arma llegó y lo encendió a bala. Leonel por nada pierde la vida y una parte de su cuerpo. Sin embargo, se recuperó de las heridas y decidió cobrar venganza. Con el hermano consiguió quién le prestara armas y a quién tuviera que ver con el que lo hirió, lo mataba.

Ahora, es de dos caras: con una es trabajador y servicial, y con la otra es un matón, que no le da miedo de nada.

Miedo

Un día estaba afuera de la casa con mi hermana, mi papá y mi mamá, cuando escuchamos unos tiros. Al momentico que mi papá se entró, mi hermana vio al frente un herido y se maluquió; yo me asusté mucho cuando apareció un hombre con un revólver junto al árbol que está al pie de la casa, y me entré corriendo. Mi mamá fue la que recogió a mi hermana y le tuvo que dar té y pastillas para dormir. Yo casi no duermo porque tenía miedo.

Un hermano

Reinaldo trabajaba en la librería y papelería Junín. Allí conoció una muchacha y fueron novios tres años. Cuando faltaban veinte días para casarse, ocurrió el accidente.

El comentario fue que lo habían tirado de un colectivo a la entrada de El Jardín. Un amigo de la familia lo recogió y lo llevó al Seguro. Luego dio aviso a la casa. En cuanto supieron la noticia, mi madre y mi hermana se fueron para allá.

Durante ocho días estuvo en estado de coma y le hicieron varias operaciones. Cierta día llegó la ambulancia a la casa y nos sorprendimos al ver a nuestro hermano aún inconciente.

Los vecinos del barrio se manejan muy bien durante el tiempo en que él estuvo grave. Días después comenzó las terapias, pero por su mal genio no pudo continuar; y toda la recuperación dependía de su voluntad.

Hoy se encuentra inválido de un pie y de una mano. Y no es normal: le dan ataques y algunas mañanas se levanta hablando cosas que uno no entiende.

Una familia

Era una familia pobre conformada por cuatro hijos, el padre y la madre. De un momento a otro, Javier, uno de los menores, consiguió carro, moto, electrodomésticos, ropa y muchas cosas más; pero de igual forma desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra y hasta el día de hoy no se sabe nada de él.

Todas sus pertenencias pasaron a otro hermano que, al año de Javier desaparecer, encontraron muerto de la manera más brutal.

El mayor aún vive pero se cree que por poco tiempo, pues varias veces han preguntado por él y por esto se alejó de su casa.

La mujer, la única que les quedaba a los viejos, se fue a vivir a la casa de su novio. Los viejos, a pesar de que poseen carro, casa y comodidades, viven solos, tristes y amargados.

Los hijos

Doña Romelia es una de las vecinas más antiguas del barrio. A pesar de sus cuarenta y dos años de edad tiene ocho hijos vivos y tres hijas muertas.

Carlos es el mayor; tiene mujer y una hermosa bebita.
Angela tiene marido y un niño.

Javier está en la cárcel Bellavista condenado a diez años y medio.

Oscar es tartamudo y un buen muchacho.

Luis es un sicario; un carroloco, como dicen todos.

Mauricio cuida vacas; también es un buen muchacho.

Diego hace mandados a los vecinos; es un gamincito.

Yaqueline es la menor. Tiene cinco años y ya es otra gamincita.

Las abuelas

A mi abuela por parte de mi mamá le tocaba trabajar mucho cuando era muchacha. Luego se casó y tuvo once hijos; seis se murieron y cinco viven. Ella nos cuida para que mi mamá se pueda ir a trabajar, porque yo no vivo con mi papá.

A mi otra abuela no la conocí, pues murió cuando iba a tener a mi papá. Pusieron a mi abuelo en que no sabía qué hacer. Le dijeron: "¿Salvamos a la señora o a su hijo?" Mi abuelo pensó mucho y dijo: "Al niño. Él tiene toda una vida por delante".

Así fue que nació mi papá. Y aunque mi abuelo se volvió a casar, siempre se acuerda de su primera esposa, mi abuela por parte de mi papá.

La tienen enyerbada

Mi abuelita está muy vieja pues tiene setenta y seis años. Ella nació en Andes y allí vive toda su familia; menos los hijos que viven acá, en Medellín. De vez en cuando venía a mi casa, pero ya

no lo hace. Casi nadie sabe de ella, pues unas viejas la tienen enyerbada para que pida plata por las calles y no se acerque a las casas de sus hijos.

Caliche y Memo

Ramiro tan sólo tenía diecinueve años y su mejor amiga era la droga. Vivía con la Mona, una linda niña que siempre ha gozado del aprecio de muchas personas. Sin embargo, él la maltrataba y ella tenía que huir donde su familia; hasta que un hermano y un sobrino se dieron cuenta del maltrato y decidieron reclamarle.

Un viernes en la noche Ramiro aparece apuñalado junto a la casa de Caliche, su mejor amigo. Este fue culpado y permaneció preso durante mucho tiempo. Pero Memo, el hermano de Caliche, se dio cuenta de quiénes habían sido los culpables, y les hizo pagar quitándoles la vida.

Hoy en día Caliche ya está libre, pero Memo, de su vida ha hecho un fracaso. Se encuentra en la cárcel y sólo su familia le brinda apoyo; pero se sienten mal, porque antes de lo sucedido, nunca se habían preocupado por él.

Juan Antonio

Cuando éramos más pequeños, solíamos jugar balón en la acera de la casa de un señor llamado Juan Antonio Bernales. Él vivía con su mamá y una hermana, pero les robaba para irse a soplar y, siendo tan viejo, era atracador.

Un día estaba sentado fumando cigarrillo y un pelado le tiró una piedra; el casi lo mata a golpes. Otro día aporreó a la mamá porque no le daba plata y ella lo hizo llevar a Bellavista.

A los seis meses salió y a la semana se tomó un fraseado de veneno para matar insectos; echando babaza por la boca, lo llevaron a la Samaritana y no se murió. El tipo entonces se regeneró, pero a los pocos meses falleció. La hermana se llevó a la mamá para Cartagena y la casa la alquilaron.

Chóferes

Estamos pasando por una etapa difícil. Ayer hubo paro de buses pues a un chofer que estaba trabajando lo mataron porque no tenía nada que le pudieran robar. Por la entrada de San Pablo hasta Santo Domingo algunos chóferes, en todas las salidas, quemaban llantas para que no pasaran colectivos. Otros en todas las puertas pedían arroz, plátanos y papas para almorzar.

Unas manos grandes

Una tarde estábamos María y yo en la casa. Ese día estaba la policía por allí y mi mamá nos había advertido que cerráramos la puerta. María estaba lavando una ropa y yo estaba fritando cuando sentimos un ruido y vimos unas manos grandes que se pegaron del muro del patio. Un hombre se tiró y corrió hacia adentro. Yo iba para la calle y María me jaló para la pieza. Él se entró allá. "No vayan a salir", nos dijo. Nosotros le dijimos que nos queríamos ir y nos pusimos

llorar. "Les doy plata". Le respondimos que no; mejor nos íbamos y no le contábamos a nadie que él estaba ahí.

Entonces salí corriendo para la casa de enseguida y María se quedó (luego salió ella para otra casa, pero yo sólo me di cuenta después). La policía tocando y buscando en las casas, nada que lo podían encontrar. Llegaron a la de enseguida y sacaron un muchacho que estaba durmiendo. Preguntaron a los otros policías si era ese y dijeron que no. Después llegaron a mi casa y no podían abrirla. Entonces uno de ellos se metió por una ventana y tumbó una cama: debajo de ella estaba escondido el señor. Lo vieron y lo sacaron, pero antes reblujaron toda la casa y dejaron todo así.

Al principio todo era un rastrojo

Al principio todo era un rastrojo que pertenecía a un señor llamado Benjamín. Él le vendió un pedazo a mi padre, un campesino recién llegado de Amalfi. Los demás llegaron de Yarumal y Yalí.

Como todos ellos, mi padre levantó una pieza de bahareque, fieltro y cartones, que poco a poco fue ampliando y mejorando. De esta manera se formaron once casas o familias, unas muy distantes de otras.

Sufrimos mucho para poder construir pues el agua la debíamos traer de un nacimiento alejado, que hoy llamamos "el chorrillo". Los materiales eran muy caros y había que ir por ellos a varios kilómetros. No había carreteras y en invierno, los caminos se convertían en lodazales intransitables. La gente andaba siempre con los zapatos empantanados y con la ropa más vieja.

En mi casa el mercado era muy poco; nunca alcanzaba el dinero para comprarlo. Toda la gente era pobre, pero unida.

Para que el padre Hernández pudiera desplazarse hasta la pequeña capilla que todos habíamos ayudado a construir, le bajábamos los domingos un caballo. Con la ayuda de él se hicieron campañas para hacer carretera y poder tener un buen transporte. Las catapilas comenzaron a abrir calle, pero como se removía mucha tierra, las casas con las lluvias se inundaban; por fortuna todo pasó.

La luz eléctrica era muy deficiente porque se cogía de contrabando del sector de La Salle. Entonces por medio de la acción comunal, se creó un comité de trabajo para conseguir una planta eléctrica. El Municipio construyó una en el sector de El Jardín, que en ese entonces llamábamos Tranvilandia, porque sus moradores vivían en vagones. Fue un gran acontecimiento para toda la familia. Se celebró con cantos, rondas, música...

Se comenzó a hacer el alcantarillado y con la carretera terminada, se pusieron los contadores de luz. Como la mayoría de la gente ya tenía trabajo, decoraban sus casas y algunos, como nosotros, construyeron un segundo piso.

Recuerdos

En diciembre los chicos hacíamos una recolecta de plata por todas las casas, para así poder armar las cadenetas en la cuadra.

Recuerdo las casas viejas, descuidadas por tradición, y que ahora han tomado un aspecto más moderno.

Recuerdo cuando pavimentaron las calles. Aquello fue algo espectacular: madrugábamos sólo para ver cómo las máquinas transformaban nuestro mundo.

Cada ocho días nos reuníamos la gallada en una esquina para ver la película. Es más, muchos amigos de nuestra familia y vecinos venían de otros lugares para verla. ¿Cuál película? Pues las peleas y desórdenes que ocasionaba en la tienda, cuando se emborrachaba la familia conocida como los Lázaros. Ahora de ellos se sabe muy poco.

Recuerdo el relato de Doña Argelia contando que cuando les daba a sus hijos un peso para llevar a la escuela, estos no lo gastaban sino que más bien lo ahorran, para comprar un adobe para construir la casa; que más tarde tuvo tres pisos y en su parte baja funcionó una carnicería. La familia ya no vive allí, pero esa construcción es el testimonio de unidad y abnegación de una familia.

Cerca de allí nació la sociedad mutuaría El Espíritu Santo manejada hasta hoy por Don Francisco, más conocido porque es evangélico, y esposo de Doña Raquel, la que cuando enfermé de amigdalitis, fue la encargada de ponerme las catorce inyecciones prescritas.

Siempre, cuando no había qué jugar, nos íbamos a la sede de los evangélicos y nos burlábamos de su fanatismo coral, haciendo bromas acerca de ellos.

De las familias de antaño ya no queda nada porque el tiempo cambió las cosas drásticamente. Muchas se han ido y ahora los vecinos ni nos conocemos.

Una misa

A mi amigo Camilo, hace un tiempo, le agradaba mucho el punk. Solía salir con varias galladas de punkeros a divertirse un rato; algunas veces la cuenta de muchachos llegaba incluso hasta los cincuenta. Vestidos con trajes raros buscaban en los barrios casas desocupadas para armar sus fiestas. Lo primero que hacían era tirar la puerta al suelo y luego preparaban grandes cantidades deocol, mientras otros tiraban marihuana.

Sus bailes eran bruscos y peligrosos: todos formaban una ronda contra los muros y luego se golpeaban unos a otros con los hombros. Cuando a alguno se le subía el alcohol a la cabeza, cogía una cadena o un palo y golpeaba a todo aquel que se le atravesara; más de uno salía con la cabeza rota.

Algunos de ellos, como Camilo, se quedaban cerca de la puerta principal o buscaban un patio o solar, para poder huir cuando hiciera presencia la policía.

Camilo me cuenta además que solían meterse por las noches entre los basureros para practicar invocaciones y súplicas a Satán.

Un día, cuando asistían a una misa con una multitud de rockeros aficionados al punk, descubrieron dos afeminados que bailaban en un estilo muy plástico. A ellos les disgustó tanto que se les lanzaron y se armó un gran alboroto. Al rato llegó la ley. Algunos fueron a dar a la cárcel; otros, a un hospital.

Cuando se reúnen conforman un gran grupo que no comparte ni opiniones, ni pensamientos; sólo los une la música. Y se llevan con la doble. Van siempre solitarios.

*“Ah y es de nuevo la mañana
Tibia y azul
El que está señalado
(en la lista hay una cruz después de su nombre)
liviano todavía
va por las calles
Trae la calavera llena de sueños
Limpio recién peinado
va a sus negocios
Cuando el asunto se despache
un nombre se tachará
Por ahora va por las calles.
José Manuel Arango*

MARCANDO CRUCES

Él era tremendo

Apareció en Guarne quemado vivo. Hace ocho días lo velaron. Tenía veintidós años y era sicario. Pertenecía a la banda de Leto, a quien mostraron en estos días en televisión, acusado de muchos crímenes.

De esa banda ya le han dado el paseo a varios, pero aún quedan muchos; como diecisiete, todos armados.

Yo sabía que él era así, sin embargo lo quería. El ocho, cuando salimos a vacaciones, cumplí quince años; y por él no me hicieron fiesta en la casa. Mis padres se oponían a que fuera mi novio. "Yo voy a su casa aunque tenga que matarlos a todos", me había dicho.

Él era tremendo y a veces me daba miedo, "Si tiene algún problema dígamelo, que yo se lo soluciono". Pero yo ya sabía cómo era su manera de solucionarlo. Una vez le dije que tenía un problema con alguien. No le dije con quién, para que no hubiera dificultades. Era que un muchacho basuquero me quería robar el reloj a la salida del liceo, pero yo no me dejé. Pues él se averiguó todo. Entonces Fifí, así era como lo distinguían a él, abaleó al muchacho, dejándolo inválido.

El era tremendo. Luego de mi cumpleaños lo detuvieron; trató de escaparse y le dieron diez balazos. Estuvo en la clínica varios días. Aunque todavía le dolían las heridas, lo llevaron a prisión. Desde allí me mandó una carta con un vecino. Quería que le dijera a sus amigos que lanzaran una bomba en el matrimonio de Carlos, el jefe de la banda enemiga. Yo no quise decirles.

A él le decían que le iban a meter diez años; pero sus amigos y la familia hicieron una recolecta y recogieron como un millón y medio y con eso lo sacaron. Pero para qué, si a los ocho días ya estaba muerto.

A él no le importaba morir; a veces me decía que se iba a hacer matar. Cuando lo sacaron de la cárcel lo primero que hizo fue planear con sus amigos lo de la bomba. Así que se presentaron en la fiesta del matrimonio y tiraron un petardo. Hubo varios heridos. La noticia la dieron en la radio.

Mi mamá me quiere sacar del colegio porque dice que yo me voy a volver sicaria, pues para ir allí tengo que pasar todos los días por el parche de los muchachos.

En mi casa siempre se opusieron a que hablara con él. Todos los días me echaban cantaleta. A mí no me gusta que me estén echando cantaleta, ni que me griten. Ellos nunca han dialogado conmigo.

Yo tengo otras dos hermanas y entre las tres arreglamos la casa. Nos levantamos temprano y mi mamá se queda en la cama. Pero luego, mientras hago el oficio que me corresponde, me echa cantaleta y a mí eso no me gusta.

Nos miraron feo

Todo comenzó un miércoles en la noche, como a las ocho. Dos carros pasaban hacia abajo y yo estaba en la acera de mi casa con un amigo. Ellos pasaron y nos miraron feo. Volvieron a subir después. Yo todavía estaba ahí y nos volvieron a mirar feo. Como a los diez minutos dieron la vuelta por otra parte y más abajo de donde nosotros estábamos, comenzaron a dar bala. Después nos dimos cuenta de que se habían llevado a cuatro y a una pelada.

La mamá de uno de ellos acompañada por dos muchachos, al otro día fue a buscar a todas las inspecciones de policía. Una persona les dijo que fueran al anfiteatro. Allí estaban dos muchachos de mi barrio junto con otros. Los vecinos se pusieron muy tristes por esas muertes.

El Mono y Jhon James

El Mono había acabado de llegar del trabajo y fue a la tienda a comprar una pasta de jabón para lavar su ropa. De vuelta se quedó conversando con un señor y con Jhon James que estaba en la esquina mirando, ahí tranquilo. Su hermano se acercó y le dijo que se fuera para la casa. Eran como las ocho, y al ver que estaba temprano, le dijo que al rato iba. Cuando se fue el hermano, un taxi amarillo paró en la carretera y se bajaron tres hombres encapuchados. Algunos muchachos que estaban en la esquina lograron huir. Sólo quedaron el Mono, Jhon James y el señor. Los hombres sacaron sus armas y les dieron hasta que se quedaron quietos. El señor y el Mono fueron los muertos. Jhon James quedó inválido, sufre de ataques epilépticos y parece que queda mudo o gago.

Vamos a comer quesitos

Un día en que estaban muy trabados, unos muchachos se fueron para unos billares y se juntaron con los de la barra del Pibe. Un señor que repartía quesitos en una moto pasó hacia la tienda, y uno de los muchachos dijo: "Vamos a comer quesitos". Y fueron y le quitaron al señor siete

quesitos y como tenía revólver, también se lo quitaron y lo mataron con él. Luego le sacaron los tenis y se llevaron la moto con los quesitos. Felices y contentos se metieron una mano de taquis, sin tener preocupación por nada. Más tarde llegó la policía y buscaron y buscaron a los muchachos y no los encontraron. Así se quedó todo.

Dameveinte

Tenía dieciséis años y se llamaba Edison, pero le decían Dameveinte. Nosotros nos íbamos con él para paseos. Un día dos muchachos de por aquí le dijeron que si los acompañaba a la cancha. Luego, cuando estaban en la cancha, le preguntaron por su hermano Marcos. "No sé. No me dijo qué iba a hacer", les respondió. "Nos decís donde está o te matamos", le contestaron. El siguió insistiendo que no sabía. Sin embargo, le dieron tres tiros y salieron corriendo. Dameveinte contaba que no supo cómo se paró y caminó hasta la carretera. Un señor de un taxi lo llevó hasta el Piloto. Él se alivió, pero tuvo que perderse de por aquí. Al tiempo, volvió.

Un día estaba con su hermano en la acera de la casa, cuando sintieron muchos disparos. No sabían de qué se trataba, pero se quedaron ahí. Toda la gente se había escondido.

Cuando van subiendo unos hombres y preguntaron: "¿Quién se apoda Dameveinte?" "Yo", dijo él. Entonces empezaron a darle tiros y a su hermano lo aporrearon todo. A Dameveinte lo mataron y a Marcos lo llevaron para Bellavista.

Lo más triste fue que su madre vio por la ventana cómo destrozaban a sus hijos, sin poder hacer nada.

Dicen que lo mataron porque había malherido a un policía, que le habían encontrado en su casa una moto oficial y una pistola, y que era el cabecilla de una banda.

En nombre de la ley

Eran dos hermanos que participaban en una banda. A la una de la mañana de un viernes, cuando dormían, unos hombres entraron forzando la puerta y gritando que era en nombre de la ley. Los sacaron de la cama y a sus hermanos los hicieron tirar al suelo.

Amenazaron a la madre con coger a sus otros seis hijos, si hacía algún movimiento. Amarraron a los dos hermanos y salieron diciendo que los dejarían cerca.

A los dos minutos se escucharon dos tiros junto a la cañada. La madre no pudo salir porque hombres encapuchados y vestidos de negro rodeaban la casa. Más tarde fue a ver y encontró a sus dos hijos muertos.

Hasta ahora no ha podido comprender quién los mató y uno de ellos dejó dos hijas.

Mandíbula

Entro un hombre y le pegó cuatro balazos. Lo sacaron de la tienda y lo pusieron en la calle. La gente vino a verlo y algunos lo alzaron y se lo llevaron para la carretera para esperar un taxi o un

colectivo. Pero cuando ya lo habían montado al colectivo, unos hombres llegaron, atacaron y encendieron el herido a puñaladas. Luego se fueron. El colectivo arrancó para el hospital con el muchacho. Lo entraron a urgencias, pero fue inútil: Mandíbula ya estaba muerto.

Yo estaba en el colegio

Yo estaba en el colegio; no sabía nada. Lo había visto por la mañana y nos habíamos saludado. Él y yo la íbamos muy bien. Lo quería como un amigo y él era de la banda del barrio. Se había ido a conseguir trabajo con otros amigos, en especial con uno que llaman Unitos. Venían en un bus de Santo Domingo cuando algunos de la banda enemiga se subieron al bus y mataron a Mario. A Unitos no lo mataron; sólo le pusieron el arma en la cabeza para poder darle a Mario. También mataron a una niña e hirieron a una señora. Todo esto fue muy triste. Al otro día lo enterraron.

El diario de Jhon

1

Como lo hago todas las mañanas después de desayunar, me puse a realizar mi oficio: arreglar la casa. Luego me fui para la calle a charlar con mis amigos y a jugar fútbol, hasta la hora de irme para el colegio.

2

Para el domingo mi padre me ha encargado que le ayude a pegar unos adobes y a encementar el piso de la casa, pues al fin ha conseguido con qué comprar los materiales necesarios.

3

Anoche me avisaron que habían matado a mi amigo Miguel.

Hoy lo enterramos en el cementerio de San Pedro. Su familia está muy triste y yo también; tanto que no fui a estudiar.

Ahora voy para la novena al frente.

El juego de un pelaíto

Yo venía, como todas las mañanas, para el colegio. En la tienda se habían sentado dos celadores a tomarse un tinto. Hacía frío, por eso llevaba las manos en los bolsillos e iba despacio. Cuando, en un segundo, un pelao de unos catorce años se abalanzó con un changón sobre uno de los hombres y le disparó.

Inmediatamente cayó al piso le sacó el arma de la pretina; el otro desenvainó un machete y lo persiguió. Pero no alcanzó sino a salir a la acera, pues el pelao se volteó y le pegó dos tiros. El hombre se desplomó.

Aquí lo más importante es tener fierro. Vale más que la vida. Esos celadores se confiaron y ya estaban pillados. La banda de acá necesita fierros para pelear con los del barrio de arriba. Ayer no más bajaron y en la puerta de la casa tumbaron a uno.

A los que íbamos del barrio para el colegio y a los niños de la escuela, les tocó pasar por encima del hombre que cayó en la acera y hasta a los profesores que venían en la buseta.

El hombre era de unos cincuenta años, como del campo. No se veía aterrorizado, ni angustiado. Tal vez hasta el final creyó que todo era el juego de un pelaíto.

El primo

Ayer me saludó desde la tienda
“primo, tómese un tinto”
Yo le grité que ni loco
me bajaba del bus
con esa lluvia.

Por la noche seguro se fueron a buscar plata
y asaltaron un taxista
pero los cogieron en el centro
y de ahí para Santa Elena
a darles el paseo
Pichu se les escapó pero allí quedó
Nando con un tiro en la cabeza.

Cómo perdonar

Llegué a mi casa temprano, pues en el colegio habían hecho un paro por la muerte de un representante de los profesores. Cuando entré, mi madre me recibió el bolso y me dio un jugo. Como mi hermano estudiaba conmigo, ella preguntó por él y yo le dije que se había quedado donde mi tía.

Papá se acostó después del almuerzo pues tenía turno en la fábrica por la noche. Nos quedamos conversando mi mamá, dos hermanos y yo.

A los minutos entraron a mi casa siete muchachos del barrio fuertemente armados y empezaron a coger todos los objetos de valor. Cada uno iba saliendo con un artículo diferente; pero uno de ellos se quedó en la casa tratando de desconectar el televisor. En ese instante se levantó mi papá de la cama, el muchacho se asustó, o se cabrió como dicen ellos, y disparó sin saber siquiera dónde; el impacto de la bala lo recibió mi mamá, en su abdomen. Ella tocó con sus manos la herida, y se vio ensangrentada. Se fue recostando contra la pared y luego cayó al suelo, despacio. En ese instante mi papá salió a buscar un carro, yo me asomé a la puerta, y vi a los muchachos caminando por la calle con los objetos en la mano. Cuando entré a mi casa, mamá miraba fijamente a mi hermanito, que tenía, en ese entonces, un año y medio. Luego me miró como si

quisiera decirme algo, pero no pudo; con esa mirada se despidió de todos los anhelos que había hechos con nosotros, su familia. La policía vino por ella sólo a las 7 p.m.

Ahora, casi cuatro años han pasado; ya no hay quién me reciba en casa, me dé algún consejo o me ofrezca un jugo. No podemos olvidar aquella tarde; aún mi hermano se arrepiente de no haber estado en casa. Hubiera sido peor.

Nunca olvidaremos sus consejos, sus pensamientos, su vida, su forma de ser y de darse a las personas y sobre todo, la manera que nos enseñó de cómo perdonar a los demás.

A la salida de clase

Los que van a jugar en el morrito!, gritó la Chinga.

Como todos los fines de semana, a la salida de clase, algunos del salón subimos por el camino hasta el morro y nos disponíamos a jugar fútbol, cuando uno le buscó pelea a otro. Pelearon y al rato volvieron a estar sin rabia y como amigos.

Picamos el saque, los jugadores correspondientes e hicimos los arcos. La cancha estaba encharcada pero no se nos dio nada y comenzamos a jugar. Nos volvimos como marranos de tierra y pantano.

Al finalizar, un man de San Blas que llamaban Chino, se arrimó y me dijo que le hiciera un tiro, pero yo no quise, pues a muchos muchachos les había robado. Entonces el Chino se le acercó a un compañero que tenía puesto un reloj de calculadora, cronómetro, fecha, hora y alarma, y le puso una navaja. "Entrégamelo o sino te manco", le dijo. Él no tuvo más remedio que entregarlo y se puso triste. Cuando el ladrón iba por el callejón, todos nosotros cogimos piedras y nos fuimos detrás, pero como él también recogió, nos dio miedo y corrimos.

Este ladrón ya le había robado el reloj a un compañero llamado Aníbal y el portaminas a Saúl, un estudiante de octavo. Fue tan de malas Aníbal que el mismo ladrón le robó otro reloj. A los días, le pegaron al Chino un tiro en la mano y se la tuvieron que enyesar.

Hoy en día el Chino, que se hacía siempre en el kioskito a la salida del colegio, está linchado; porque lo pillaron robando, y como se lo habían advertido, acabaron con su vida.

Los Pielroja

Había en mi barrio una familia a la que apodaban los Pielroja. No sé por qué la llamaban así, pero sí que la formaban unos asesinos que mataban por placer; ellos no pensaban el dolor que sentía una persona al perder un ser querido. La familia era constituida por el padre y la madre, dos mujeres y tres hombres; los terceros eran los inconcientes de la vida de los demás, las segundas eran sus defensoras y los primeros sus alcahuetas.

Una noche en que me encontraba en la tienda haciendo un mandado, salió de pronto uno de ellos detrás de un señor, que era honrado y trabajador, con una puñalita en la mano para atracarlo.

Como el señor no tenía plata, le dio una puñalada en el estómago. Pero el señor cargaba también una puñalada e hirió al muchacho; no tuvo suerte porque el otro hermano le cayó encima y entre los dos lo mataron. Y aunque varias personas fueron testigos, sus hermanas los defendieron, y ellos continuaron haciendo sus fechorías hasta que se les acabaron sus alegrías.

Una vez iba por la otra cuadra uno de ellos, cuando salieron dos hombres y lo mataron. Le sacaron el corazón y lo tiraron frente a la puerta de su casa. Luego, como a los tres meses, mataron al otro y le sacaron los ojos. El padre murió después de un ataque al corazón. Los que quedan parece que al fin reflexionaron, porque el más pequeño no mata, pero si roba. Claro que cuando los sacan de quicio son capaces de ser los de antes.

Quise contar esto porque hace un tiempo, el que tuviera un cuchillo era el rey: le gustaba que lo vieran con respeto y le sirvieran los demás. Ahora es distinto. Todo ha cambiado. Las armas son las balas y el que manda debe tener un changón o un 38.

Corroncho y Tista

Tengo setenta y dos años y hace veintidós vivo en San Blas. Hasta hace aproximadamente diez años, el barrio, según lo que yo percibía, era pacífico. No se veían barritas de muchachos como se ven en la actualidad; había uno que otro muerto por muerte natural, pues no se escuchaba comentar que fuera por venganzas o malos entendidos, como ahora. La primera muerte violenta a plena luz del día, que yo recuerde, fue en el ochenta.

Una mañana, Corroncho, un vecino de esta casa, fue asaltado por un tal Tista. Le robó tres cadenas y un reloj que le había regalado la mamá el día de su matrimonio. Entonces lo esperó en la calle y a eso de las doce, cuando lo vio acercarse, se le echó encima y lo apercuello, "¿Dónde tenes lo que me robaste?", le gritó. "Ya lo vendí", respondió. Corroncho sacó un cuchillo que horas antes había envuelto en un Colombiano y había escondido en su espalda. Cuando Tista lo vio, comenzó a forcejear pero no pudo soltarse. "¡Corroncho no lo haga!, ¡Suéltelo!", le gritaba la gente que estaba noveleriando; pero él, sin un mínimo de compasión, le dio tres puñaladas. En ese momento llegó su esposa y se puso a llorar. Entonces Corroncho lo soltó y Tista cayó al suelo. Todos creían que lo había matado, pero no. Tista tenía más vidas que un gato y, en un descuido, salió corriendo. Fue cuando Corroncho sacó de un carriel de ganadero que llevaba consigo, un revólver; empujó a su esposa, lo alcanzó y le hizo dos tiros. Uno le botó la tapa del cerebro...

Por cosas tan insignificantes no es justo quitarle la vida a una persona. Dicen, y a mi edad lo creo, que los ancianos somos muy nobles. Remontándome a ese entonces, yo estaba de acuerdo en que sólo lo enviara a la cárcel para hacerle perder la libertad, en castigo por codiciar lo ajeno.

El dicho de ahora, "si lo mataron es porque las debía", está mal interpretado. Hoy en día el hecho de mirar feo, las confusiones y los parecidos, producen muerte. El barrio es un verdadero caos y crece cada día más el temor de vivir en él. Lo que más siento es cómo la nueva generación se educa inconcientemente en la violencia

Hielo y Castalia

A pesar de que tuvimos lo necesario como pobres, o sea mecha, melona y dormida, nunca nos gustó estudiar y siempre nos manteníamos juntos, haciendo las comunes travesuras de niños. Pero crecimos y ya sólo íbamos a nuestras casas a tanquiar y a dormir, tarde en la noche. Entonces teníamos como confidente a la marihuana.

No empezamos robando en la calle sino en nuestros hogares y así perdimos la confianza de nuestros padres, y se nos complicó la vida.

Robábamos chichipatamente para poder comer, vestir y soplar. Cuando comenzamos a coger pescuezos, nuestras armas eran navajas y cuchillos. Por esto recibimos el rechazo de los vecinos; nos menospreciaban porque banderiábamos el barrio. Todo esto nos llevó a echarnos a cuestras enemigos que nos han roto el cuero sin lograr tumbarnos.

Hacíamos vida

Cuando al Grone, a Caliche y a mí nos expulsaron de la escuela, nos dedicamos a vivir de lo que nos brindaba la calle; cogimos vicios y algunas veces hacíamos robos pero no eran de gran importancia.

Los tres estábamos entre los quince y dieciséis años de edad, y nunca nos separábamos; compartíamos lo bueno y lo malo.

Al tiempo conocimos a Enrique y a Pétete, que se tuvo que perder porque lo iban a tumbar, y no volvimos a saber nada de él.

Con Enrique ya nuestro combo era de cuatro manes, de los cuales sólo quedaríamos el Grone y yo. Digo esto por lo que nos pasó un jueves en horas de la noche cuando estábamos en Belén Altavista, visitando un parcero de Enrique que se había ganado un par de tiros cuando se disponía a hacer un cruce. Saliendo de la casa de ese man, nos dimos cuenta que estábamos sin un peso en el bolsillo; sólo nos acompañaba un coso y la nueve milímetros que Enrique siempre cargaba cuando íbamos de vuelcón; con este fierro era que nosotros hacíamos vida.

Caminamos unas cuadras y nos dimos en la cabeza; quedamos tan amurados que decidimos salir de rebusque. Preciso, ni mandado a pedir, asomó por la carretera un cliente bien embambado. Ninguno de nosotros imaginó que fuera una trampa que la policía venía haciendo desde hacía días y con muy buenos resultados. El caso fue que Enrique sacó su fierro y salió primero, luego lo siguieron el Grone y Caliche; yo lo único que hice fue esperar y observar.

Cuando lo cogieron y lo iban a bajar de todo, se apareció de repente una parca por una esquina y los motorizados por la otra, rodeándolos completamente. Enrique les hizo unos tiros para cubrirse mientras brincaba un muro, pero en el intento le metieron varios tiros certeros y mortales; el Grone y Caliche, al ver lo sucedido, se rindieron.

Este intento de robo les costó cinco años en Bellavista a los dos. Allí lo malo, y lo que mató a Caliche, fue su conchudez: comenzó a tirar vicio fiado. El Grone le advirtió que si seguía así, sin pagar, lo iban a matar; Caliche se confió y a la semana ya estaba muerto: seis puñaladas le metieron. Me lo contó el Grone cuando fui a visitarlo y me entristeció mucho; lo único que pude hacer fue tratar de animarlo.

Cuando salí de la visita le dejé unos pesos para que no se embalara. Yo seguí vagando solo por las calles, llevando conmigo aquel tan amargo.

Tierno y yo

Mi vida, o mejor dicho mi muerte en vida, comenzó desde muy joven. Tenía apenas catorce años cuando empecé a consumir droga. Para mí se convirtió en mi amiga, en mi novia, hasta quizás en mi madre. Para poder conseguirla necesité robar. Mi primer robo lo realicé con unos amigos. De él nos quedaron cincuenta mil pesos. No era mucha cosa pero andaba desesperado.

Luego de algún tiempo me fueron conociendo como Escorpión: un hombre rudo con un corazón de piedra. Conocí a un amigo; le decían Tierno porque era lo contrario: un hombre delicado pero con el odio más grande que nadie se imagina.

Poco a poco fuimos formando una gallada; nuestra gallada. Aquí comenzamos a realizar robos por lo alto y a matar.

La primera vez que maté fue por venganza. Unos tipos me habían hecho unos tiros, pero yo les salí adelante. Sentí miedo cuando los vi caer al piso y a la vez pensé que era lo mejor.

Un día cualquiera atracamos la plaza de Castilla. ¡Vaya qué atraco! De ahí salimos con dos millones. Y aunque la policía nos siguió y nos enfrentamos con ella, todo salió bien.

A los cuatro meses de habernos perdido porque la policía nos estuvo buscando, volvimos. Ahora todo era distinto. Para realizar los atracos ya teníamos intermediarios. Hicimos un robo espectacular:

Conseguimos dos mujeres para que nos llevaran los fierros. Nos encontramos con ellas en un reservado; íbamos pasando uno a uno y nos entregaban el fierro. Salimos directo a la joyería. Cuando llegamos, dejamos la moto y el carro listos, afuera. Entramos e inmediatamente nos dirigimos a la caja fuerte. Al ver que estaba cerrada tocó ponerle una granada al vigilante en la boca para que la abriera, pero como no colaboraba, tocó meterle un pepazo en el pie. Al ver que estábamos hablando en serio, la abrió.

Esta vez no salieron las cosas como queríamos porque un parcerín murió y otros dos salieron heridos; cada uno con un tiro en la barriga. Los internamos en el Piloto y, para que los trataran bien, le pagamos por aparte al médico.

Mientras ellos estaban en el hospital, nosotros estábamos con Quique, velándolo y llorando. Lo que nunca se había llegado a ver: que el rudo Escorpión llorara; pero mi amigo lo merecía.

Muchos creen que nosotros trabajamos por oficina, mejor dicho, con la mafia; pero no es verdad. Nunca nos ha gustado estar bajo el mando de ningún maricón. Además, donde nosotros trabajáramos por oficina, ya estaríamos muertos. Una vez un mafioso nos pagó por matar a otro. Fue algo horrible: el mafioso estaba en un segundo piso y en el tercero había un niño. Una de las balas dirigida a esa pinta le dio en la nuca y el niño murió desangrado. Nadie sabe cuánto me dolió. Fue un momento de reflexión. El más horrible de mi vida.

Sin embargo, aquí estamos Tierno y yo. Luchando contra la vida, sin detenernos ante nada. Ni siquiera ante el deseo de salir de todo esto.

El duro del morro

Mi familia y yo somos de un pueblo cercano a Medellín. Desde que nos vinimos de allí siempre hemos vivido en El Morro. Mi familia consta de tres hermanas, mi papá, mi mamá y yo. Siempre me ha gustado el estudio pero sólo me ayudaron hasta quinto primaria. Yo traté de seguir adelante estudiando en la nocturna pero nada más pude hasta tercero de bachillerato pues como tengo dieciséis años, no he podido conseguir trabajo. Fue cuando recurrí a mis padres para que me ayudaran con algo pues todo el pago que recibían era para mis hermanas. La única respuesta que me dieron fue que ellos no podían, que yo era un hombre y que me las arreglara como pudiera. Me sentí muy herido con ellos pues el sueño que siempre he tenido es ser un electrónico.

Mi vida ha cambiado desde los últimos seis meses. Me conseguí un 38. Mi familia se dio cuenta pero no le dio importancia. Me empecé a relacionar con los que dice ser los duros de El Morro. En un comienzo sólo les prestaba el fierro pero después los acompañaba en sus cruces. Empecé quitando bicicletas. Luego atracamos el carro de coca-cola, pero me sentí muy mal. Me dieron en la cabeza: sólo cuatro mil pesos me dejaron. Ellos son muy cochinos, no comen de nada. Hemos ido a robar a gente muy pobre, hemos atracado taxistas y hemos hecho muchas cochinas.

Me da tristeza sacarle el tubo a una viejita o a un niño para quitarle la bicicleta, pero tengo que hacerlo; ya estoy metido en esto.

En mi casa no se han dado cuenta de ninguna de estas cosas, ni siquiera que me le escondo a la gente. No he probado ni la bareta, ni la basuca y me da miedo caer en el vicio, pues la gente con la que me estoy metiendo me ofrece. Lo peor de todo es que soy conciente del daño que le causo a muchas personas; pero nadie sabe lo de nadie. Ojalá algún día entiendan lo que es estar metido en la propia perdición.

El jíbaro

Mis hermanos no pudieron ayudarme porque estaban en peores circunstancias: Jorge adquirió el vicio e iba desapareciendo los pocos objetos de la casa, y Julio, como tenía un pelao con la vieja de enfrente, sólo trabajaba para ellos.

Ante esta situación trabajé vendiendo tomates por la cuadra, pero como me dejaba tan poco dinero, no continué. Tenía doce años cuando me dediqué a robar en los paraderos.

Quería ser un duro; para esto necesitaba tener un tote. Así que me puse a negociar con droga y al cabo de tres meses pude conseguir una magnum 375 a la que bauticé "la niña". Desde ese momento comencé a trabajar por lo alto. ¡Ay de aquel que me llevara la contraria! Perdía el año. Tiempo después de que tumbé al primero, empezaron a tomarme respeto.

Rayo Negro

Me llaman Policarpo o Carpo porque cada que llueve o viene la poli o la embarramos por esas viejas chismosas del morro, yo me encarpo.

A Chacho, la vieja Julia lo hizo encañar sólo porque le pidió prestado el televisor y nos dejó con la gana de ver el partido de Paraguay y Ecuador. Nos tocó hacerle el favor de tumbarle la puerta, pero logró pillarnos y lo embaló. Y a Cuadro le pegaron dos pepazos en el pie por trepar el techo de la negra Socorro.

En el combo, que llamamos Rayo Negro, yo tengo diecinueve años y el menor, catorce abriles. En total somos quince y de muy buena suerte; pero no falta quién la embarre.

Tenía dieciséis años cuando me salí del colegio por la amistad de Chiripo. El me dio champaña en rama y, desde ese momento, me he sentido más allá de lo que soy, igual que mis compañeros.

Uno trabajo no come de nada y no se deja amurar de nadie. Empieza a perderle el respeto a los demás y el miedo a las ranas mal nacidas. Hasta trata a las mujeres con vulgaridades y nunca piensa en lo mal que se puedan sentir.

A personas como nosotros no nos dan trabajo, porque les da desconfianza; ahí viene uno a manejarse mal con los vecinos o con los clientes nuevos que pasan por el barrio o por el Centro; con tal de tener lana en el bolsillo para los fines de semana y rumbiar.

Mis parceros son: Chiripo, Mochila, Chita, Cuéllar, Memo, Chacho, Cuadro, Sarna, El Pollo, El Mueco, Montoño (el goce de nosotros), El Amurao, Cachepalo y yo, Carpo. Las nenas no las nombro porque son sagradas.

El Miguelito

Me gustaba estar con los amigos y salir de vez en cuando con las nenas del barrio, pero en mi casa se vivía un infierno que mi padre hacía volver en mi contra.

Tenía dieciséis años y estudiaba en un liceo cerca a mi casa. Una tarde me devolví porque un cuaderno se me había quedado. La puerta estaba entreabierta y como iba de afán, entré sin saludar. Desde el corredor escuché que mis padres discutían. Traté de no darle importancia, pues ya era algo común, pero al parecer era por mí. Mi padre le decía a mi madre que si yo no trabajaba y ayudaba con los gastos, me tendría que ir de la casa; que eso era lo mejor, así aprendería a comportarme y a dejar de perder tiempo. Sin esperar más salí y me dirigí al liceo, pero mi mente se quedó en la casa: las palabras de mi padre me trastornaban.

Sólo dios sabe cómo me dio de duro salirme de la casa, dejar mis amigos y renunciar a lo que tanto había soñado: mi estudio.

Conseguí otros amigos, no eran los mejores, pero con ellos compartí lo que podía dar mi vida.

Tenían sus vicios: estaban acostumbrados al basuco y necesitaban sus robos. Al principio solamente los acompañaba a hacer trabajitos en la noche.

El primer robo importante en el que participé fue el último: atracamos uno de esos carros que transportan dinero a los bancos, pero no nos fue muy bien. Se produjo una balacera en la que murió un tomo y también uno de mis compañeros. Yo quedé herido y los demás se volaron con el dinero, dejándonos allí.

Me trasladaron a un hospital, me hicieron varias operaciones y de allí me llevaron a la cárcel; permanecí diez años pues me inculparon de la muerte del tomo y de otros delitos que mis compañeros habían cometido y de los cuales no estaba enterado.

Ahora me conocen como el Miguelito y busco un lugar en la sociedad, aunque creo que no va a ser el mejor.

Manigueta

En el día trabajaba en la Minorista, ayudándole a su papá; en la noche, al pasar hacia su casa, veía muchas amistades suyas en la esquina, tirando vicio; a él le chocaba mucho. Pero empezó a tener problemas en su casa y se alejó del trabajo y no volvió a ayudar a sus padres. Comenzó a vagar y a reunirse con las amistades en la esquina.

Un día Chumbi lo invitó a que se trabara y le quedó gustando. A los días, la situación estaba crítica; y en lo único que pensaba era en robar. Al poco tiempo consiguió un arma, que era lo que más anhelaba, pero estaba en muy mal estado. Una noche, hablando con un amigo suyo que le decían Pepe, lo invitó a que se fueran a robar. Pepe aceptó y al otro día se fueron de rebusque y lograron trastiarse una moto. Estaban muy contentos; vendieron la moto por partes y se malgastaron la plata.

Cuando ya habían acabado con la plata del cruce de la moto, volvieron a planear otro trabajo, pero ya con otro más, un muchacho al que le decían Frasco. Estaban en la esquina y pasó un tomo solo; entre los tres le quitaron el arma de dotación oficial. Pero el ofendido, que los había quedado conociendo, vino con otros policías amigos suyos y lograron capturarlos. Los enviaron al F2 para ser reseñados y al otro día fueron llevados a Bellavista.

Los primeros días para él fueron muy aburridores, al ver que había perdido su libertad. Él decía que estar encerrado era muy duro, que era mejor estar pasando bueno en la calle y no en esa porquería de celda. Lo único que deseaba era que fuera su cucha para tener un poco de consuelo. Cuando yo lo iba a visitar, me decía: "Parcerito no me abandone, siga viniendo cada ocho días". Él decía que cuando saliera de allí, se iba a poner bien juicioso y a empezar una vida nueva. En el momento menos esperado le concedieron la libertad. Llevaba tres meses de estar preso.

Al ver que estaba libre se llenó de júbilo y pidió perdón a sus padres. Ellos le perdonaron y le dieron una moto para que trabajara. Sacó el pase y se dedicó de lleno al trabajo. Empezó a manejarse bien con sus padres y hermanos; y aunque todavía es vicioso, no le hace mal a nadie.

Pelusa

Jhon Jairo fue mi mejor amigo desde que estudiábamos en primero de bachillerato. El, por ser del campo y de poca presencia, era al que más molestaban los muchachos. Don José, su padre, era celador en una urbanización, su madre era una alcahueta y tenía dos hermanas muy rebeldes y de mala fama entre los vecinos pues vivían alegando.

Como don José no se encontraba en la noche, Jhon Jairo se quedaba largas horas esperando el amanecer y observando lo que sucedía en la calle. Cuando llegaba la tarde, él y yo nos encontrábamos y nos uníamos a otros amigos y hablábamos por largo rato de cosas que nos pasaban, cuentos, exageraciones, etc.

Llevábamos aproximadamente medio año de estudiar y Jhon Jairo se retiró, comentándonos que tenía pereza de continuar pues el estudio no servía para nada. Al decirle a su madre del retiro, ella no se preocupó; entonces su padre se lo llevó a trabajar, para que le ayudara a celar. Pero como no le gustaba ese trabajo, no se aguantó y poco a poco se adaptó al ambiente de los vagos del barrio. Yo seguía charlando con él, como antes.

Después empezó a amanecer con aquellos vagos en la calle. Ellos lo bautizaron como Pelusa, por la forma de su pelo. Más tarde se iniciaron a robar en el centro, una y otra vez, haciéndose coger fama y respeto en el barrio. Este fue el motivo por el cual dejé de charlar con él; pero cada vez que nos veíamos, nos saludábamos con amistad. En uno de los atracos que hicieron fueron capturados él y algunos otros, pero por ser la primera vez que caían, permanecieron poco tiempo en prisión.

Como Jhon Jairo ya pertenecía a la banda de sicarios que había en el barrio, la cual se mantenía en constantes balaceras, no podía permanecer en su casa, pues de allí podían sacarlo y darle el paseo. Cada guerra que pasaba dejaba uno o dos muertos para una u otra banda.

Cada día él se volvía más famoso, pues a muchos ya los habían asesinado, a otros les habían dado el paseo y a los demás los tenían en Bellavista. Cada vez que la ley capturaba a alguien, le preguntaba principalmente por Pelusa, pues ya tenía como tres o cuatro caídas a Bellavista y en la última se había escapado. Lo consideraban como el jefe de la banda.

Don Jaime, un policía que vivía en el barrio, conocía a cada uno de los integrantes. El era el que en las noches andaba en compañía de otro en una moto, y cogían a los bandidos contra una pared y allí los fumigaban, o les daban el paseo, según decía Jhon Jairo. Por eso la banda se desmanteló y los pocos que quedaban vivos emigraron.

Pelusa fue uno de los que emigró con su familia. Los únicos que de vez en cuando se asoman por acá, son sus padres y hermanas, para visitar a los amigos; pero se van rápido porque también son mirados con recelo. Según cuenta la gente, Pelusa aún hace estragos y huye de la ley.

El Chulo

Era más o menos el año de 1982. El Chulo vivía en El Jardín con su madre y su padrasto. Aunque ellos eran pobres, lo mimaban mucho, llevándole siempre sus caprichos. Un día se marcharon de aquí, no porque tuvieran problemas, sino porque estaban aburridos. Consiguieron una casa en El Morro y se pasaron una noche de octubre. Lo recuerdo porque él era el mejor amigo que tenía a los once años.

Durante unos ocho meses no supe nada de ellos, hasta decidí buscar su casa. Me la pasé preguntando y di con ella. Cuando toqué la puerta salió el Chulo. Lo saludé, me invito a pasar y nos quedamos conversando toda la tarde y casi toda la noche. Me quedé a vivir allí dos meses. Pero por un problema con el padrasto, me tuve que volver para mi casa. Por esto no dejamos de ser buenos amigos. Sin embargo me alejé un poco de él, porque estaba descuidando mucho mis estudios primarios.

Mientras estuvimos alejados, él comenzó a juntarse con gente que no era de confianza. Un día tuvo un problema con uno de esa gallada que apodaban el Boque. Y estaba montando en bicicleta cuando éste le hizo tres tiros y sólo uno le dio. Así corrió lo más que pudo y se entró a una casa donde lo protegieron. La bala le había rozado el hombro. La señora de aquella casa lo curó y le colocó un vendaje. Cuando se alivió fue con sus amigos y consiguió un revólver y se fue en busca del Boque. Lo encontró y lo encendió a bala, con tan mala suerte que de seis tiros sólo le dio tres. El Boque quedó inválido.

Al tiempo los amigos del Boque fueron a buscar al Chulo a su casa. Como él sabía que venían a matarlo se escondió; entonces salió su padrasto y le dieron dos tiros en la cabeza. Su madre al ver esto salió corriendo. Por la noche vinieron a hacer el levantamiento. Tuvieron que vender la casa casi que regalada pues constantemente iban a buscarlo, y se fueron para Santo Domingo. Allí El Chulo se degeneró: comenzó a robar y a matar para conseguir plata y salir de la pobreza.

Un día atracaron una casa donde funcionaba un granero y se llevaron el televisor, el equipo de sonido, una grabadora y varias cosas del granero. El dueño no estaba pero sí una muchacha de 17 años que, según cuentan, era la esposa de él. La cogieron, la violaron y gozaron de ella hasta la saciedad. Eran ocho muchachos que ni siquiera la dejaron respirar. Cuando llegó el señor llamó a la policía. Pero esto se quedó así. La mamá del Chulo le repetía que sufriría mucho si llegaran a matarlo y le rogó que viviera una vida decente. Hasta que él aceptó. Comenzó a trabajar y pasaron dos meses sin estar en galladitas. Pero una noche, en un baile cerca a su casa, lo esperaban los compinches del Boque. Al verlo se le fueron encima y le dieron una puñalada. Él corrió y a la cuadra sonaron los balazos que lo dejaron tendido en el suelo.

Su madre lo enterró y después se fue a vivir con una hermana. El Boque por ahí está todavía, aunque inválido, consiguiendo plata con sus negocios malos.

*El hombre es una lámpara apagada
toda su luz se la dará la muerte...*
José Eusebio Caro

PARCEROS

Cómo es que se trabaja el yeso

Recuerdo cuando era pequeño y vivía en un mundo de ilusiones con mis compañeros de calle; jugábamos a ser camioneros, pilotos, capitanes; jugábamos balón y a la guerra, sin saber que más tarde ésta sería el destino de muchos. Teníamos nuestras discusiones y peleas con los compañeros, pero no pasábamos de eso, y al rato, o al otro día, ya estábamos hablando de nuevo.

La mayoría estudiábamos en la misma escuela. Los que estábamos en el mismo curso nos conocíamos mejor y sabíamos cómo éramos de buenos o de malos para el estudio. Algunos que sólo vivían jugando en la calle, en el descanso nos mostraban el pastel para la hora del examen. Antes del final de quinto de primaria, sabíamos quiénes perdían el año. Los que ganamos pasamos al colegio y seguimos adelante y, de los perdedores, algunos repitieron y continuaron, pero otros se salieron del estudio y cogieron la calle. La mayoría de estos se pusieron a trabajar; sin embargo, al poco tiempo se cansaron y se quedaron en la calle. Allí se fueron dañando y apenas sí le daban el saludo a uno.

Ahora se oyen rumores de que están robando en su propio barrio; o que amigos en otros tiempos, se matan unos a otros.

Una tarde venía del colegio y uno de ellos me llamó; me saludó y me preguntó: "¿cómo es que se trabaja el yeso?" Nos lo habían enseñado en la escuela, pero a él se le había olvidado. Yo le expliqué. "¿En qué año estás?". "En décimo", le dije. "Vas muy adelante. Si hubiera seguido estudiando como tú, ya iría allí", se lamentó.

Otros me cuentan que tienen muchas culebras y los busca la ley, sin decir que viven flacos y acabados por el vicio.

Dos amigos

Vivían en Manrique y salían
a vender cigarrillos a la 45
hasta la madrugada
Eliécer como era muy pícaro
se guardaba para él más de la mitad de la ganancia
Se gastaban la plata
montando en bicicletas alquiladas
o en mecato
Pero la familia de Wilson se fue

dizque para el Valle
y Eliécer se buscó otros amigos
dejó de vender cigarrillos
y se volvió vicioso
Una mañana una señora de la esquina
lo insultó y le dijo sus verdades
El sacó un changón y disparó
a la puerta de la casa
De malas: hirió a un niño
y ahora paga cárcel.

Los principiantes

Rene, Alex y Chepe siempre fueron los mejores parceros: tiraban bareta juntos, comían juntos y robaban juntos.

Un día decidieron hacer un robo en Manrique. Las armas que llevaban eran dos mentirosos y una picoelora.

Entraron a la tienda, hicieron el robo y saliendo, a los diez metros, los detuvo la policía.

Se los llevaron para Bellavista y ahí estuvieron un mes y medio.

Salieron y continuaron en el mismo trabajo, pero no con mentirosos sino con armas de verdad.

Ahora roban y tiran bareta como nunca.

Los Patos

Un grupo de jóvenes vivía por la misma cuadra del barrio. Unos estudiaban juntos y los otros, mientras tanto, vagaban.

Hacían reuniones, o como ellos dicen, se parchaban en la esquina más central. Luego formaron una banda y ¡vaya qué banda! Robaban, soplaban, y lo peor, quebraban a la gente que vivía por ese lugar.

Un día decidieron hacer un robo cuatro de los integrantes de esta famosa banda: Canocho, Medalla y dos hermanos, Tin y el Abuelo. Su objetivo era atracar el carro de la cerveza. Llegado el día lo efectuaron y les salió a las mil maravillas.

Más abajo otro grupo de muchachos había formado otra banda: Los Chichones. No les gustaba mucho la amistad de Canocho, Medalla y los dos hermanos. Decidieron entonces tumbarlos, o como decimos, matarlos.

Los Patos estaban en la esquina preferida cuando los Chichones les dispararon. En el intercambio de balas le dieron a Medalla y los otros tres se escaparon. Así pues, los Patos odiaron a los otros y

los traicionaron de la forma más eficaz y soez del mundo: los raniaron a la lomba. Así aprehendieron a diez integrantes de la banda los Chichones y los condenaron a treinta años de prisión. Pero quedaron cinco, que se encargaron de borrar del mapa a los de la banda de los Patos.

Sin embargo quedaron dos que rehicieron la banda y le cambiaron de nombre. Decidieron que no harían nada malo en su barrio, para tener el cariño de la gente. Y lo lograron.

A esta banda llegó un integrante llamado Tatú, que era de las bandas de Envigado. Con él consiguieron armas sofisticadas y le hacían trabajos al Cartel. El primero que realizaron les salió a la perfección: matar a un importante periodista. Luego fueron a Cali y pusieron bombas en algunas droguerías.

A estos muchachos no los cogían porque planeaban todo muy bien. Durante tres años fueron muy famosos. Pero la banda sufrió un descontrol: Tatú no se volvió a ver por ninguna parte.

Los muchachos preguntaron por él; cansados de preguntar sin respuesta, se dirigieron a Envigado y les dijeron que a Tatú lo habían mandado a hacer un trabajo al extranjero.

La banda al ver que no tenía vocería en el patrocinio, decidió esperarlo. Pero nunca volvió. Más tarde supieron que lo habían matado. Aquí comenzaron a tener problemas: la ley ya sabía de ellos; hacía batidas y allanaba casas. Hasta que un día llegó el ejército al barrio ese día nunca se olvidará y cogieron al cabecilla. Aquí la banda tuvo su fin: comenzaron a ser cogidos y encontrados muertos. Al cabecilla lo extraditaron a los EE. UU. y lo condenaron a cadena perpetua. Los del Cartel se dieron cuenta y a los muchachos que quedaron les dieron camello.

Los duros en su laberinto

Esta es la historia de unos muchachos que nunca se preocupaban por nada y vivían por la cuadra. Un viernes se encontraban molestando como siempre en la esquina, los integrantes de esta bandita: el Caliche, Juancho, Gringo, Pibe, Buseto y el Crack, un flaco tan erecto que parecía se hubiera tragado una varilla; le decían así porque a menudo cuando caminaba le traqueaban los huesos. Ellos se hacían llamar los Duros.

Aquella tarde vieron un hombre bien vestido que venía por la calle y se le aventaron como perros a su presa. El hombre de inmediato cayó al piso, el rostro pálido como una hoja de papel. No sabían los muchachos que sufría del corazón. El cuerpo sin vida del hombre, facilitó que lo esculcaran y le quitaran unos billetes y un reloj muy fino que se había guardado en el bolsillo de atrás. Los muchachos no sabían que estaba muerto. Juancho sí se percató, pero no lo dijo. "Tranquilos parces que a este man sólo le dio un babiao", les comentó. No quiso decir la verdad porque sabía que perturbaría al Pibe.

Pero un día, en otro de sus robos ocurrió la tragedia; quién creyera que sería lo último que harían juntos. Robaban en un almacén de ropa cuyo propietario era un anciano. Este no quería dejarse robar y con un movimiento sacó del mostrador un revólver. Aprovechando su lentitud, el Gringo, el más ágil de todos, trató de quitarle el arma. Se oyó un disparo y el viejo cayó al suelo. Los

demás muchachos comenzaron a sacar el dinero de la caja y a coger uno que otro vestido. Todos estaban en actividad menos el Pibe, que quedó pasmado frente al viejo.

Una patrulla que se encontraba cerca se percató de lo que sucedía y en un instante estuvo frente a los muchachos. Caliche dejó lo robado y corrió. Todos corrían en distintas direcciones menos el Pibe que no levantaba la vista del cuerpo sin vida del anciano. Fue al primero que atraparon. Luego un disparo le dio a Busetto que desafortunadamente era el más lento. La policía le cayó ahí mismo como gallinazo a la carroña. Por suerte el disparo le pegó en una pierna.

Ahora Busetto sólo tiene las paredes como compañeras y le alegra saber de su amigo el Pibe que se encuentra en el otro patio.

La Perica

Se llamaba la Perica, lo que significaba en el barrio el horror pues este joven de origen desconocido era el jefe de su propia gallada. Él no vacilaba en apretar el gatillo de su arma para eliminar a quien no quisiera obedecerle. La Perica le hacía trabajos a la maña que le pagaba muy bien; pero a él no le bastaba con esto, si no que también mandaba a los peores viciosos del barrio a robar y en pago les daba basuco.

Llegó entonces el día en que la Perica amenazó y robó a la persona equivocada. Se trataba de un hombre que nunca hablaba con ninguno del barrio y no tenía amigos. La gente decía que era un raya. Aunque muchos ya habían pensado alguna vez en deshacerse de la Perica, por haber asaltado sus casas o negocios, no se atrevían a hacerle nada porque le temían demasiado.

Un día la Perica salía de su casa cuando se encontró la sorpresa: el raya lo estaba esperando, y sin darle tiempo para hacer o decir algo, lo mató.

Tocayo

Una mañana de abril estaba en el callejón aquel muchacho moreno, bajo, de cabello liso y ojos apagados, alias Tocayo, cuando apareció la policía haciendo una batida. Cogieron a Hornero, a Rangel, al Calvo y al Cojo, pero él se escondió y se perdió. Apareció a los dos días. Toda la gente asustada se encerraba en sus casas: Tocayo atracaba en el barrio sin respetar a nadie.

Así continuó y el 31, cuando acababa el año viejo, Tocayo volvió muñeco a un muchacho de más abajo. Entonces bajó la gallada de la 39 y ¿qué ocurre?... Tocayo llevaba un brazo herido cuando salió corriendo y no apareció hasta el 4 de Enero. Ese día se encontraba en su casa cerca al callejón, siempre armado, cuando el Cocuy le avisó que venía la parca. Salió corriendo pero lo alcanzaron a ver y le dispararon. Entonces sacó su revolver y le dio a uno de esos que llaman sapos. Lo siguieron y en la huida se cayó... Lo dejaron como un costal lleno de agujeros. ¡Tocayo ha muerto!

Al día siguiente en el callejón había un silencio misterioso, y más arriba, en la casa de Tocayo, se encontraba él en medio de cuatro cirios.

El 5 de enero lo llevan hacia la sepultura el Calvo, Hornero, el Cojo y Rangel, sus amistades desde pequeño; y del barrio, sólo su madre, que llora sin consuelo.

Lina

Como otros sábados en la noche, los visajes rodeaban la calle. La muchedumbre paseaba serena, sin sospechar que pronto habría uno de cruces. Lina, a quien llamaban así por su primera novia, estaba con su nena y su parcerero Luis, sin saber que su vida estaba pagando.

Pasó un taxi disminuyendo la velocidad; de él se bajaron dos pintas que sin respetar a nadie descargaron sus armas, dejando a Lina herido en el piso. Unos parces que estaban en la esquina fumándose un takis llamaron la parca, pero eso sapos no llegaron. Luis tiró dedo a un taxi, que se hizo el ñolo y no quería parar; pero la gente se colocó en toda la calle y el chofer no tuvo más remedio. Lo llevaron al Piloto pero ya no tenía reparación. En medio del dolor, Lina miró a su novia y le dijo: "qué pasta que en mi último momento estés conmigo". Y fue un chulo más de tantos.

Pica

Pica, ¿quieres salir al cine? le pregunta su novia.

–No. Mis parces me están esperando en el parche.

Pica llegó donde sus parces y lo invitaron a trabarse. El aceptó.

–Vamos a piratiar un cruce, parce propuso el Chorro. Marcamos al poli que nos pille.

–Sí, parce respondió el Chorro.

Con esta aceptación el parce le armó el cajón, pues Pica en ese estado no sabía lo que hacía. Le robaron a una vieja que pasaba, pero por detrás venía la poli.

–Nos cogieron parce, gritó el Chorro.

La poli empezó a tirar chumbimba y le pegaron a Pica tres balazos por la espalda. Sin embargo siguió corriendo y a la cuadra cayó al suelo. Se lo llevó la pálida. Y el Chorro quedó en el bote con diez meses de prisión.

Nos cogieron de quietos

En la casucha de un barrio están Memín y el Ratón. Acaba de entrar el Grillo y se le nota azarado.

–¿Entonces qué pelao? ¿Bien o pa qué? lo saluda Memín.

–Quiubo parce. Aquí más achicopalado.

–Quiubo llave, ¿está amurao? Lo veo grave; ¿cuál es la nota? le dice el Ratón.

–Nada chino... ¿Se pillaron el muñeco que amaneció en la cañada?

–Sisas, ¿quién era? pregunta el Ratón.

–¡Ah! eso es cuento viejo; yo ya lo pillé. Es un man de allá de la esquina de donde los negros dice Memín.

El Grillo trae las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta. Memín y el Ratón lo notan nervioso.

–¿Por qué está tan tocao, llave? Saque esas manos.

El Ratón le descubre las manos.

–¡Avemaría, como tiene esas manos! A la efe usted fue el que mató a ese man.

–No, parceros. ¿Cómo así? Yo no he matado a nadie. Eso fueron los polochos que le dieron el paseo. Anoche yo estaba con la pelada.

–¿Qué no? dice el Ratón ¿Sabe qué, llave? Ábrase, sacúdase, que si nos ven con usted, nos embalamos; nosotros que ya estamos marcando calavera. ¡Mejor despegúela!

El Grillo está muy nervioso y a toda costa no quiere que sus amigos lo echen de allí.

–¿Saben qué? Hagamos pues un cruce. ¿Cuánto quieren de lo que le quité a ese man?

De pronto empujan duro la puerta. Memín alcanza a decir:

–¡Ay! parces, los soldos. ¡Nos cogieron de quietos!

El Pájaro

A la esquina donde se reúne un grupo de muchachos, llega un joven apodado el Pájaro.

–¿Entonces qué, parces? ¿Vientos o maletas? saluda.

–Sisas, viejo Pájaro. ¿Vos qué? ¿Siempre llevando la buena vida?

Algunos de ellos no le caen bien; ni él a ellos.

El Pájaro es un atracador de la peor calaña. Capaz de liquidar hasta su propia madre si es necesario, y a su padre, si tuviera.

–¿Entonces qué? ¿Nos vas a ligar para la traba?

–No, hermanos. Estoy groguis.

–Deje de ser bandera –responde Cofia. Al parece Lucas, igual que al Brujo, les mantienes dando; a nosotros no nos das ni un toque. Pilas con eso, porque formamos parche solos y no te dejamos ni asomar por aquí.

–¿No te fijaste lo que le pasó al Roland que estaba todo embalado con nosotros? añade el Cojo Como que ya no sale de la casa porque sabe que con nosotros está marcando cruces.

El Cojo es el que más bronca le lleva. Y nadie sabe lo que es capaz de hacer; en una ocasión le mutiló la mano a un amigo porque le había faltado en diez basucos.

El Pájaro llevaba una chaqueta negra de cuero que había robado. Los muchachos, dizque sus parces, llevados por la desesperación de trabarse, se la quitan y lo despiden a punta de pata. Él no se defiende pues son seis contra uno.

Por esta causa, va matando uno a uno. Primero caen el Flaco, el Rolo y Puñalada. Los demás están alertas y quieren pagarle con la misma moneda, sobre todo el Cojo, que es el que más desea liquidarlo. El Pájaro tiene quién le ayude y se les adelanta. Los sorprende pero no logra matarlos. Los hiere.

Pero llega el momento. El Pájaro atraca un almacén con sus cómplices y le pegan tres tiros en la espalda. Logra escapar y lo llevan al hospital. Al darse cuenta el Cojo y sus seguidores, deciden terminar el trabajo que otros han comenzado. Además el Pájaro no tiene el 38 largo que siempre lleva incrustado en la cintura.

El Cojo se desliza por el centro asistencial y le da treinta puñaladas. El daño que le ha hecho a él y a sus parceros ha sido pagado. El Pájaro ha sido al fin cazado.

Richar

Uno de la banda de los Richar tumbó a uno de los Nachos.

—¡Uy! Le di el paseo a uno de los Nachosles dijo a sus parceros.

—¡Qué nota! Fresco parece, que ahora estos piquiñas van a saber quiénes son los Richar.

Y comenzaron a salir por grupos por si se encontraban con ellos. Pero transcurrido un tiempo en calma, los Nachos lograron tirotear al cabecilla, a Richar. Como en otras ocasiones, una tía lo curó. Ella y algunos vecinos le aconsejaban que se alejara de la banda.

—Yo estimo mucho a mis parceros y no los voy a dejar, pues soy el duro y tengo que defenderlos. Pero ¿Sabe qué, vieja? Vea, le juro que si paso vivo diciembre, me salgo.

Sin embargo él se arriesgaba y salía solo por la calle.

Un día los Nachos lo esperaron en cierto punto; según comentó la gente, eran cincuenta. Richar al verlos se entró para una casa y se metió debajo del poyo. Pero aquellos no comieron de nada, se entraron a la casa y le dieron más de cincuenta tiros.

Pobre chacho, lo dejaron vuelto una nada comentó la gente que se pilló todo por las rendijas de las ventanas.

Los Nachos poco a poco acabaron con los que quedaban de los Richar. Pero más tarde la policía acabó con aquellos.

Chuki

En un pequeño barrio de la ciudad había un grupo de parceros que eran uno para todos y todos para uno. Al cabecilla lo apodaban Chuky. Los otros eran: Carlos, Divi, Pica y Tipo. Una noche Chuky le habló a la gallada:

–¡Uy! ¿Saben qué? Estoy embalao: ayer me le trastié un tubo a uno de los Magnolios y me lo van a sacar. Por eso unámonos a lo bien, ¿sisas?

–Sisas parece; estamos contigo respondió Tipo Vamos a enseñarle a los Magnolios quienes son los Beibis.

Así se llamaba la banda porque parecían hijos de papi y mami. Ya se habían llevado a más de uno por delante y no les importaba robar al que fuera y como fuera. ¡Eran tremendos!

Se llegó el día del enfrentamiento con los Magnolios. Los Beibis compraron yerba y fueron a su encuentro. Pero no sucedió nada.

–¿Sabe qué, papá? ¡Cuídese! le advirtió Magnolio, el cabecilla, a Chuky. Y se fueron.

A la semana hubo un baile en una discoteca del barrio, al que asistieron algunos Beibis y Magnolio con uno de sus parceros. Pero como aquel lo había amenazado, Chuky buscó el momento apropiado, a la salida, para salirle adelante: le metió un pepazo en el corazón.

Los Magnolios, muerto el jefe, decidieron tomar venganza.

El más sano de los Beibis era Carlos; andaba con ellos pero no participaba en los trabajos. Ya uno de los Magnolios le había advertido que los dejara. Pero no hizo caso y una tarde, desde una moto, lo tumbaron con un changón.

Otro día, cuando Chuky estaba en la plancha de la casa de un parcerero, no de la banda, pasó una mujer coqueteándoles. Ellos bajaron y cerraron la puerta. Pero el amigo al ver que se acercaban dos muchachos, sospechó.

–Parce, esto es una trampa. ¡Estamos marcando cruces! y corrió.

Él pensó que Chuky había salido corriendo también. Oyó un changonazo y miró hacia atrás: allí estaba tendido cerca a la puerta de su casa. Llamó a los Beibis, pero no pudieron hacer nada por él.

A los días, la banda se desintegró del todo.

La Mirla y el Tuerto

El cabecilla de la banda los Chicholines era un hombre decidido a todo y no le importaba el peligro para vengarse de aquellos que se la volaran. Lo acompañaban los hermanos Garcías, la barra de la 89 y Juan, al que apodaban la Mirla, su mejor parcerero, a quien todo se lo confiaba. El Tuerto, así lo llamaban, había perdido una vista en un enfrentamiento con otra banda. Su nombre verdadero era Felipe.

Una tarde un borracho pasó por la esquina; como era fin de mes, ellos sabían que venía con algo de lana; si no era así le darían una lección, para que cuando lo volvieran a encontrar, llevara con qué desamurarlos. Pero lo que hallaron fue mucho más de lo deseado.

–¡Ey! parece, dizque no íbamos a encontrarle nada; ¿esto qué es, pues?

–Uy, parcerero, tenes toda la razón. ¡Qué traído!

Entonces, ¿Sabe qué, Mirla? Ande y tráigame esto en yerba, para que nos desamuremos y tales. Y no se quede mucho por ahí, recuerde que estamos marcando cruces.

La Mirla salió a cumplir el encargo. Recibió las papeletas y corrió en busca del Tuerto. Pero estaba de malas, unos rayas lo pillaron y lo siguieron.

–Parce, estamos embalados. Unos rayas me pillaron y me vienen siguiendo. ¡Pisémonos! le dijo al Tuerto.

–No parcerero. Esperémoslos aquí, les voy a dar una lección a esos parlanchines. Sáqueme los tubos que tenemos, no nos vamos a dejar banderiar de ellos.

En ese momento llegaron los rayas hasta la casa y la rodearon.

–¡Salgan ratas inmundas! gritaron.

–¡Salgamos que yo no quiero morir! dijo la Mirla, angustiado.

–Sí parece, vamos a salir pero para enfrentarnos con esos sapos.

Pero cuando la Mirla se levantó le dieron en todo el corazón. Al ver a su parcerero botando grumos de sangre por la boca, el Tuerto se puso a llorar y comenzó a disparar. Salió y le dio un pepazo a uno de los rayas. Estos respondieron. Allí quedaron los dos parceros inseparables hilando sangre.

Los demás pelados de la banda se desterraron del barrio luego de la muerte de sus amigos.

Mes negro

Como en ningún otro año aquel fue el agosto más oscuro para mis compañeros y yo.

En la noche del catorce nos reunimos a planear el atraco a una joyería y a brindar porque todo saliera como lo pensábamos. Todo se veía tan sencillo y había tantos millones de por medio. Esto era lo que nos impulsaba y nos daba valor para que cinco compañeros y yo, atracáramos aquella gran joyería. Ganaríamos diez millones o tal vez treinta. De todas maneras era una suma considerable que nos sacaría del mal momento por el que pasábamos.

Dejamos andar los días, pensando sólo en la fortuna que nos iríamos a traer; y rezando cada cual en su estilo. "En aquel día nos va a ir muy bien", nos repetíamos.

¡Y por fin llegó el día esperado! Sólo faltaba que pasaran las horas rápidamente.

Comenzaba a atardecer cuando nos dispusimos a partir; bien cargados por supuesto. El Negro llevaba una colt 45 de cacha blanca; Murlitos, una subametralladora bajo su chaqueta; Campero, un 38 corto con suficientes municiones; Garrincha, que había sido encargado de robar el carro, un changón bien camuflado. La Muerte tampoco se quedaba atrás: cargaba un 38 corto y un petardo. Yo llevaba una pistola de ocho tiros y una granada. El carro era un taxi amarillo, Mazda, último modelo; y el encargado de manejarlo era Garrincha: una cabrilla ni la hijueputa.

Nos montamos en el taxi, pero cuando faltaban pocas cuerdas para llegar a La Gran Perla, llegó nuestro primer susto: un policía hizo parar el taxi y quiso partirlo porque llevaba sobrecupo; pero con unos billeticos que le ofreció Garrincha dejó de sabotear.

Minutos más tarde llegamos a nuestro destino, pero no pudimos actuar porque en ese mismo momento pasaba por allí una bola de la policía. Hicimos tiempo hasta que se alejó. De inmediato nos tiramos del taxi todos, menos Garrincha, que nos alejaría en el carro de aquel lugar.

Penetramos en la joyería y uno de nosotros gritó: "¡Al suelo todos, maricas, que esto es un asalto!"

Lógicamente, todos se tiraron al piso con la cabeza hacia abajo. En ese momento había en el local como once trabajadores además del gerente.

Simultáneamente Murlitos y la Muerte recogían en unas bolsas negras todas las joyas, alhajas, cheques y dinero en efectivo. Campero vigilaba la entrada y miraba que nadie se acercara al local.

El Negro y yo teníamos los fierros listos por si alguno de los empleados se movía. Por supuesto esto no iba a suceder porque los teníamos muy atemorizados con algunas frases que les gritábamos. Pero, claro, no podía faltar el héroe, el supermán: un empleado se las quiso dar de listo y tocó un botón. La dicha no le duró mucho, porque para desgracia suya le propiné un frutazo en la cabeza y murió en segundos.

Habían transcurrido sólo cinco minutos y nos disponíamos a partir ya casi coronados, cuando nos dimos cuenta que el maldito empleado había alcanzado a hacer sonar la alarma.

Nos lo confirmó el grito que pegó el Campero: "¡Ay, maricas, nos embalamos! ¡Llegaron esos verdes hijueputas!"

Apenas terminaba de decir estas palabras tan desagradables, cuando una bala atravesó certeramente su cabeza.

En cuestión de minutos todo se había convertido en un campo de batalla: balazos por aquí y por allá, palabras groseras de lado y lado. Con los refuerzos que ellos habían pedido se nos complicaron más las cosas.

Por un momento pensamos en rendirnos. Pero no. Todos éramos hombres de güevas; berracos y suficientemente capaces como para responder aquel tiroteo.

Bueno... eso pensábamos hasta que el Negro y Murlitos fueron dados de baja.

Ahora, sólo quedábamos la Muerte y yo, porque a Garrincha nunca lo volvimos a ver, ni a saber nada de él. No supimos si lo mataron, si lo cogieron preso, si se entregó o si huyó con el carro.

A la Muerte y a mí nos quedaban dos soluciones: una era entregarnos; y eso, jamás. La otra era salir, tirar la granada que tenía en mi poder y correr dando bala como locos. Esto era muy arriesgado, pero era lo único que quedaba. El dinero y las joyas estaban regados por el suelo. A los empleados, el Negro los había encerrado antes de morir. "Bueno pues, Muerte", le dije "¡Al ataque!".

Salimos y lancé la granada como habíamos planeado. Pero tan mala suerte teníamos, que cuando tiré la granada, mi compañero se encontró con su tocaya, la muerte: una esquirla le penetró en la cabeza. Y bueno, lastimosamente murió, con dos policías más.

Yo no había corrido cien metros cuando un balazo me cruzó la pierna. En cuestión de segundos llegaron los tombos, me paliaron en el suelo y me apuntaban con sus armas. Me torturaron mucho.

Me llevaron preso y al tiempo, me condenaron.

Ahora sólo me restan diez años para salir libre. Y aquí me ves vivo y coliendo, aunque con muy malos recuerdos.

Marcando cruces

Era diciembre. Las cadenas de colores aleteaban sobre las calles, por todo el barrio. El viento pasaba raudo columpiándose desde El Morro hasta El Picacho por encima del valle. El mediodía producía alegría; más aún cuando sabíamos que había clásico: Los Chachos y La Real 41 se disputarían el campeonato del año.

Desde un buen rato, antes del partido, nos parchamos en la cancha todos los hinchas de Los Chachos, pues eran los nuestros, los del barrio.

Detrás de la portería, en un desnivel de la manga, se sentaron Tita, Mónica, Biata y Diana; un ratito más tarde, detrás de ellas, se parcharon Eucario, Henry, Dieguito y Alonso, el hermanito de Henry, quien supuestamente se las iba a cantar a Eucario, si veía algún visaje raro.

—Muchachos, como sube la gente de la cuarenta y uno y no quiero que esto se caliente, llamé a los polochos. Así que mejor manden a guardar sus fierros.

—Fresco, don Zoilo, que aquí no va a pasar nada. Le respondió Eucario al dueño de la tienda y organizador del partido.

Todos empezaron a sabotear a las muchachas y las bañaron por la espalda con las polas que tenían. El ambiente estaba superbacano cuando comenzó el partido. La emoción se apoderó de cada uno de nosotros.

(Atrás quedaba la puerta cerrada de la escuela: "Los que van a jugar en la canchila", gritó Papilas. Todos corrimos con el bolso de cuadernos a la espalda, detrás de él. Hicimos los arcos, picamos los jugadores y el saque. Aquel día, la cancha estaba muy encharcada, pero como era viernes, no se nos daba nada. Recuerdo cuando Eucario cayó al pantano y nos lo gozamos. "¡El niño de Armero! ¡El niño de Armero!", le gritamos).

En uno de los extremos de la cancha estaba el Mocho con Pedrito calándose el video: los gusanos de San José también habían caído al lugar. ¡Claro! No sólo a pillar el clásico, sino marcándole cruces a Eucario. Pero nosotros estábamos zanahorios. A la final no nos asustábamos, ni nada. Eucario había mandado a guardar su fierro con Nandito y sus parceros también estaban limpios, pues venían de jugar un partido; todos sudorosos, en pantaloneta, allí mismo se cambiaron. Muy cerca unos niños jugaban recogiendo grillitos en un tarro.

Cuando el Mocho se la caló, que el partido se iba a calentar, dizque buscó a Eucario para contárselas, pero no lo vio. Esa fue la rara que sacó para sacarse en limpio.

El hermanito de Henry, que estaba piloso con el movimiento, fue a colocarse unos zapatos, ya que así, descalzo, se veía muy bandera. Este instante fue aprovechado por Mincho y el Gordo, que iban picándole el arrastre a Eucario. Los demás acompañantes de Mincho estaban parchados en diferentes lugares. Pilosos, pillando la acción, por si algo no salía como lo planearon.

(Los de San José le llevaban la mala a Eucario, pues éste ya había tumbado a siete de ellos.

Todo comenzó desde aquel baile donde Mochila. Memo había invitado a tres del barrio que no se llevaban bien con algunos de San José. Uno de éstos, Chita, le puso un tubo en la mano de Cuellar y empezaron a sonar los totes al ritmo de la salsa. Los del barrio debieron salir brincando hacia abajo, mientras ellos se cagaban de risa. Memo luego contó que Chita decía: "Pa chuchito lindo. Eso fue lo más bueno de la rumba." Desde ahí comenzó todo. Al último, a Edison, Eucario le había pegado doce tiros, pero no logró encaletarlo. Y él fue quien lo mando matar. Ahora era el momento).

¡Claro! Toda la gente pendiente del partido. Nadie daba visaje de nada. Y Eucario limpio. No estaba maniao. Mincho se le acercó por detrás y lo agarró del pelo. (Eucario se gastaba una hermosa y bien cuidada cabellera, muy cotizada entre las muchachas.)

—¡Te cogimos cagando, gonorrea. Como se cogen las gallinas! le gritó.

!Tan, tan, tan! ¡qué pasa! Todos nos abrimos de ahí. La gente de la tribuna también corrió. Siguieron sonando los totes: seis, siete, ocho... Nadie los contó en forma. Diana y yo nos encontramos en mitad de la cancha y miramos hacia atrás. Mincho y compañía se abrían, totes en mano. Nos acercamos. Henry, el mejor parcerito, tenía un tiro en el brazo. Y allí estaba tendido Eucario, con su buena mecha y su cara de niño beibi. Pero para qué, si él se había confinado y lo habían cogido cagando.

(Pero ya habías dicho, cuando aquella batida y la tomba te llevó para el bote: "cuando yo salga de aquí, el tiempo que voy a durar vivo es muy poco; ¿pero sabe qué? Hay que tirar serenidad. Porque en diciembre, cualquiera puede ser el muñeco de año viejo).

Al rato llegó la parca y los polochos preguntando datos de él, pero nadie informaba. El partido continuó mientras hacían el levantamiento. Los Chachos perdieron el partido; nosotros, nuestro parcerito.

(Allí donde cayó, colocamos una cruz, y la rodeamos con piedras, pencas y palos. Pero los de San José bajaron y la dañaron. Ahora sólo hay tierra amarilla allí, sin hierba. Sólo pantano). 124

Nota:

Los siguientes relatos y poemas fueron escritos con algunos jóvenes que en 1990 asistieron al Taller de Escritores en el barrio San Blas, en el centro de la comuna nororiental de Medellín, patrocinado por Extensión Cultural Departamental y dirigido por el autor.

SÁBADO EN LA NOCHE

Rubén Ramírez

Cauchera

Al fin de cuentas, uno no sabe cómo el destino organiza sus partidas. Lo cierto del caso es que las fichas se mueven hasta lo más profundo y oscuro de este tablero infinito, creyendo que hacen sus propias jugadas; pero ignoran la realidad: es el destino el que juega dijo el Pretor, mientras aspiraba el humo del marihuano, que hacía un momento había armado y el cuál sostenía en la mano derecha en medio de sus dedos.

Las bocanadas ascendían en rítmicos giros, para luego desaparecer en el aire. La tarde dejaba caer sus últimos rayos, que se filtraban por entre las ramas de los árboles hasta el piso de la plancha, donde se encontraba con su amigo Anael, en una de las tantas pláticas vespertinas.

Cuando terminaron el marihuano, hubo un breve silencio que fue interrumpido por Anael:

–De niño escuchaba mencionar a los vecinos el nombre de un tal Cauchera. Que la ley lo había capturado midiendo calles, decían; pero nada más.

El Pretor se le quedó mirando, como recordando, como disponiendo las imágenes idas para volverlas presente.

–A Cauchera lo conocí cuando estaba en la escuela...

–¡Cómo que vos conociste a Cauchera! interrumpió Anael, con la cara llena de asombro y curiosidad a la vez, como si hubiera encontrado algo que hacía tiempos buscaba.

–A Floribardo, continuó el Pretor que así se llamaba Cauchera, claro que lo conocí. Es más, te voy a contar una de las tantas versiones que han rodado por el barrio acerca de su suerte.

Dicen que cuando llegó con su familia (madre y tres hermanos), el barrio era un incipiente caserío de viviendas esparcidas, que semejaban pequeñas fincas por sus cultivos y criaderos de animales. No había calles propiamente dichas, sino más bien unas especies de trochas amplias de tierra y manga, adornadas con postes de madera en cruz, sosteniendo unas cuerdas de alambre, que conducían la electricidad de contrabando desde Berlín hasta las casas.

Floribardo era el menor de los hermanos. Logró cursar sólo la primaria oficial debido a las condiciones de pobreza de su hogar, pues abandonado por su padre, su madre, una india boyacense, se ganaba unas cuantas monedas lavando ropa en la quebrada.

De piel morena, pelo liso, frente ancha y lustrosa, ojos oscuros que dejaban entrever un rasgo de inteligencia y vivacidad. Andaba descalzo y cuando no, era capaz de acabar un par de zapatos en una semana. Su mayor pasión era el fútbol. Mantenía decenas de revistas de Veja Deportes que prestaba a casi todo el mundo. Los fines de semana acostumbraba llevar uno o dos niños al estadio y entrenaba un equipo. Inclusive se ha afirmado que fue el iniciador del club deportivo del barrio.

Un sábado en la tarde, Floribardo regresaba de entregar una ropa que su madre había lavado. En el camino se encontró con su primo Rigoberto, con el que ocasionalmente charlaba y fumaba marihuana. Rigoberto le propuso ir a cine para acabar de matar el día.

Cuando salieron del teatro ya la noche había hecho posesión de las calles. Armaron un marihuano para hacer menos penoso el ascenso. Pronto atravesaron el último solar, para encontrarse de golpe en el barrio. Sólo se escuchaban los ladridos que los perros dirigían de terraza en terraza.

Entonces divisaron a un joven que se acercaba en sentido contrario, por la misma trocha, y que dejaba ver su ebriedad con el zigzag al caminar. Al pasar justo al lado de ellos, con su cabeza clavada al piso, Rigoberto observó, sin que Floribardo se percatara, el reloj y el anillo que llevaba el joven.

Continuaron por la trocha, dejándola atrás. Habían caminado unos cien metros, cuando Rigoberto sacó un pretexto para devolverse. Floribardo continuó solo el camino hasta su casa.

En la mañana, dos señoras que se dirigían a misa contemplaron con horror desde el puente el cadáver de un joven que yacía a la orilla de la quebrada. Era el primer asesinato del barrio, por lo que en el día no se habló de otra cosa.

El lunes, Cauchera se encontraba en su casa cuando tocaron la puerta. Era la policía. Lo pusieron preso. Su primo había sido capturado el domingo anterior, sindicado de asesinato. En la indagatoria contó una historia a su amano, en la que inculpaba a Cauchera. Este no supo cómo defenderse y fue hallado culpable de asesinato en primer grado y condenado a ocho años de prisión.

Anael, que había escuchado atentamente la forma tan cruda en que el Pretor narró el relato, preguntó con interés.

—¿Y Rigoberto? ¿Qué fue de él?

—Rigoberto dijo el Pretor salió libre a los pocos días. Y por ahí anda convertido en piltrafa. Esa fue la condena que el destino le impuso.

Elkin Galvis

Un sábado en la noche

Cuando íbamos a llegar al parque, Alberto decidió seguir por el derrumbe. Así le dicen a un pequeño camino que se desprende de la calle, insignificante, de barro, del que yo sabía apenas que existía. Eran aceritas incrustadas en la manga y pequeños escalones tallados en la tierra. Por estos caminos la gente no anda mucho.

Seguimos por un desfiladero inundado de basura. El aire que se respiraba no era el mejor, pero desde allí se podía apreciar buena parte del barrio.

A veces el camino se estrechaba tanto, que sólo una persona podía pasar. A lo largo se veían casas apenas construidas, aferradas a la tierra junto a la quebrada; ranchos de madera sostenidos por palos. La espuma que escapaba de los lavaderos jugaba con las piedras y los niños se divertían con la tierra: la lanzaban al aire y luego se rascaban los ojos.

Aquel era un camino salvaje donde el ruido de los carros difícilmente llegaba.

—Por aquí se camina con menos peligro. No pasan las parcas, ni los cabezones, ni los tombo a pie dijo Alberto.

—Entonces qué, parces. ¿Pa dónde van? Pilas que arriba eso está caliente. Encontraron a un tomo con unos huecos en la cabeza nos advirtió un pelado que bajaba.

—No, fresas... Suerte.

El pantano volvía un lío el camino. Los niños pisaban con los pies descalzos. Estos pelados parece que se hubieran revolcado a propósito. ¿Sí o qué?

—Aquello de arriba no es nada. ¿Sabe qué pasó anoche? Estábamos en el kiosco, todos más cabezones, y pasa Tito pálido, a la carrera y nos dice: "¡Ojo que vienen cuatro julanos dándose mano!". Éramos como doce y corrimos pa todos los lados. Tumbamos sillas y mesas. Con nosotros comenzó a correr más gente. Eso fue como una estampida, hermano. Cuando habíamos llegado a la calle, sonaron los primeros tiros. La gente se caía, las peladas gritaban. Imagínate un sábado en la noche y esa heladería llena. ¿Sabe qué? Se oyó un rafagazo: tas tas tas tas tas. La gente se tiró al piso; otros corrían, se chocaban; las peladas lloraban. Todo el mundo gritaba: disparaban pa la heladería. Le dieron un changonazo en el pie a Pedro. Dispararon como dos o tres veces más y se desaparecieron. Pedro tirado en el suelo se quejaba y tenía el pantalón encharcado en sangre. Ese pelado estaba pálido. Decía que se iba a morir. Lo cogieron Ramón y el hermano y se lo llevaron en un taxi para Urgencias.

Pero a esas alturas el tropel ya era en la heladería de al lado: ese pelado que le dicen el Pita tenía un pico de botella y estaba tropeliando con un mesero.

El Pita, cuando la balacera, fue uno de los primeros que salió corriendo. Con el alboroto, de esa heladería todos salían como locos. Pero este pelado se entró allá y cuando todavía disparaban desde el kiosco, se deslizó hasta la barra y se metió media de ron en la pretina. Le estaba echando mano a la caja registradora, y en esas lo ve el mesero y se le deja venir. Cuando estaba entrando en la barra, el Pita brinca por encima, al otro lado. Entonces otro mesero se le viene y empieza este loco a darles caramelo, a tirarles sillas y los meseros a perseguirlo. Ya saliendo lo paña un

man, pero el Pita coge un envase y lo despica; entonces lo suelta. El mesero se maneja. Se mandan qué viajaos. La gente se acerca y les hacen corrillo.

Pero cuando menos se piensa, un montón de roca: la tiraban unos parceros del Pita. Los meseros ahí mismo se fueron a resguardar. El Pita salió caminando ¡más fresco!, y se perdió entre la gente.

–Qué rollo, güevón. ¿Todo eso pasó anoche?

–Sí. Esto estuvo calientísimo. Después llegaron los que ya sabemos, en las parcas, preguntando a todos: que cuántos, que cómo, que quiénes. No, y los carros que pasaban, con un monto de manes, todos mirones, resapos...

–Oigan; ustedes dos. ¡Vengan acá, maricas!

¡Qué ganas de rumba!

Es sábado y son casi las ocho de la noche. La gente desfila por las orillas de la calle; unos para la heladería, otros para la iglesia. Algunos esperan bus en la esquina. La noche esta despejada y fresca.

¡Qué ganas de rumba! pero no hay nadie en el kiosko, ni en las bancas del parque. Deben estar abajo, en el Centro, en La Bahía. Me devuelvo y veo al King y al Rigo.

–¿Entonces qué? Vamos pa La Bahía.

–Listo, vamos.

–¡Ey, Taxi!... Vecino, al centro, pero bajamos por Aranjuez.

–¿Qué más, home? Hacía días no nos pillábamos.

–Vecino, baje por la cuadra de enseguida a la derecha.

–¿Entonces qué? En La Bahía debe de estar más de un corrido.

–Por aquí a la izquierda. En la próxima a la derecha.

–¡Eso vecino! Póngale volumen al radio. Este disco es jalao. 136

*"Anacaona india de raza cautiva
Anacaona reina de Dios primitiva
Anacaona oí tu voz..."*

–¡Ey! Pare aquí.

–No se demore, King. Llévele saludes a la tía, y que yo voy en estos días.

–Salsa y ron. Hoy sí me intoxicó, Eikin. Hoy es el día.

–Quiubo King, ¿no había fila?

–¡Nada! Ahora sí vamos derecho pa donde es. ¡La rumba nos espera!

–Vamos es pal movimiento...

–Cerraré la ventanilla.

–Que bacanería el viento.

–Hace días que no bajábamos. ¿Sí o qué?

–Oigan como chirrean esas llantas. ¡Qué pasta de velocidad!

–¡Ey! Cuando lleguemos no nos quedemos adentro. Afuera es bien.

–Claro, sí.

–Vecino, en la próxima esquina. ¿Cuánto es?

–Son seiscientos.
–Bueno, en la jugada. ¡Cucho, suerte!
–Pasemos al otro lado.
–Qué pasta de zapatos tenés, Rigo.
–A mí también me gustan.
–Vamos es a estregar el piso. A sacarle brillo.
–¿Entonces qué muchachos? ¿Bien o qué?
–Quiubo, señores.
–Los mismos con las mismas. ¿No?
–¿Hace mucho llegaron?
–Hace nada.
–Hay gente hoy, y más tarde llegan más.
–Bueno, ¿quién va pa la de ron?
–Pase, que yo voy con Rigo.

El Víctor, canta a toda voz acompañando a Lavoe.

El Flaco hace amagos de bailar, pero no mueve los pies.

Pacho camina alrededor de nosotros, vigilante. El que sí es duro para el baile es el Juanca.

–Llegó el Negro. Quién creyera que la hembra bailarina viene envuelta en esa bolsa. Ese man se amarra a esa mujer.
–Sí, de los zapatos. Pero le pone una cara muy fea a esa muñeca.
–Y parece una hembra de verdad, cuando están bailando. Ese negro es un parche.
–Ese disco me trama.
–Sí o qué, flaco. Es una pasta. El disco del finado Efrén...
–Eso King, píquelo. Échele más que hay muchos.
–Venga pues. Tenga. Escama de pesca nada más.
–Ese Tuso se las trae.
–¡Pero échame más!
–Péguenlo, pues. Por ahí hay cigarros. ¿Quién los tiene?
–¡Préndalo Jhon Darío!
–¡Ey! Pidamos esa de los hermanos Narváez.
–¿Cuál? ¿Cómo se llama?
–A través del tiempo o Sobre el tiempo. ¿Cómo es?... ¡Una hora en el tiempo! Así se llama.
–¿Cómo es que dice?
–"Crucifícame. Acúsame. Méteme una púnala"...
–Ese tema es bien. Claro, pirobo.
–Bueno, en la jugada. ¿Quién se va a dar otro pase?

Es temprano y la noche aún está fresca. Estoy por las nubes. ¿Hace cuánto estaba metido en esa normalidad tan viciosa? Hace días no sentía bacanería. Siento como si rescatara sensaciones, cosas de adentro que el destino oculta. Pero las siento. Existo a cada segundo. A chorros, a grandes tragos, a bocanadas. Siento astucia y lucidez. Vida de fiesta, de derroche, de motivos de vivir, de no perderme de nada, de gustar todos mi pecados, uno por uno.

–¡Ojo, que vinieron los tombos!
–Muchachos, vámonos antes de que se enamoren de uno.

Como en el Oeste

El sol de mediodía rechina sobre la cabeza, en los rostros conocidos y en los saludos de paso.

–Quiubo Ramiro.
–¡Eh! ¿qué más hermano?
–Estabas perdido. ¿Dónde andabas?
–Vos sabes...el trabajo; llego tarde y ya no salgo. Ahora como están las cosas es mejor estar en casa, en las noches...
–¿Qué mataron al man de allí arriba? ¿A Martín?
–Sí. Como te parece esa muerte. Le metieron en ácido la cabeza. La mamá cuando fue a reconocerlo, dizque se desmayó: quedó en calavera ese man.

El sol sigue encima. El reflejo de los charcos encandelilla.

–Wilson, ¿vos viste a Martín?
–No, pero me contaron. ¡Ufí! ¡Qué muerte hermano! Si me lo imagino y mira, se me pone la piel de gallina...A ese man no lo dejaron ver. La caja estaba sellada. Pero ¿cómo les parece la muerte de mi primo?
–¿Cuál primo?
–Pues Humberto. ¿Ustedes no se habían dado cuenta? A ese pelao le dieron más duro: le confirmaron dos horas de sufrimiento y lo encontraron quemao, encogido como un feto.

Antier lo fueron a reconocer y ¿saben cuál fue la única clave? Los dientes; no había otra. Ese man estaba desfigurado; como un monstruo. Tampoco lo dejaron ver; ahí mismo lo enterraron. Dicen que a esos dos pelados se los robaron unos tombos.

Las esquinas están vacías. Parece como si el sol hubiese calcinado sin compasión las calles.

–¿Sí se dieron cuenta de los boletines que salieron por ahí? Andan repartiendo nombres con fotos, como en el oeste y hasta con recompensa.
–Y están tirando otros; la van a coger también con las peladas. En las Granjas, un particular llegó dando bala. Mató a dos sardinas...Hasta bonitas las peladas y con buena mecha.
–Ahora sí no se va a poder salir del rancho...Mejor me voy a almorzar. Suerte.
–Yo también me voy. Nos vemos.
–Suerte muchachos.

BALADA

1

La muerte vecina de la vida
compañera de rutina
cotidiana
acechante
en la confusión
en una simple equivocación

2

La vida sospecha de muerte
filo de navaja
zumbido de bala
ahora que suena
su balada
no me alude
ahora que llega
a mi puerta
no me aturde

3

Escupitajo de plomo
como sanguijuela en el cuerpo
grito rojo de la vida
que se va
Gragea de sangre
se retuerce el cuerpo
y cae en el piso
de la muerte

4

A la muerte
mintiendo
con la muerte
jugando
esperando
sobreviviendo.

Jorge Alberto Gutiérrez Jaramillo

Es él

Se despertó muy aperezado. Había mucho por hacer, pero no importaba si se quedaba otro rato en la cama. Poco a poco le vino a la mente el recuerdo de aquella ocasión en que tuvo que huir apresuradamente por las calles del centro de la ciudad, cuando aquel hombre trigueño, de contextura gruesa y con un mirada helada y aterradora, le disparó en dos ocasiones. Recordó ese frío cortante que le recorrió todo el cuerpo y esa presión asfixiante que sintió en el pecho.

Pero este día era especial y no había espacio para los malos recuerdos. Hoy iría al hospital a conocer a su primogénito, el niño que por tantos años había esperado y en el cuál tenía fundadas todas sus esperanzas. Se lo imaginaba gordo, con el color de piel de su madre y parecido físicamente a él. Ya lo veía jugando y corriendo por el pequeño parque que quedaba a unas cuadras de su casa.

Se levantó lentamente, sacó del armario su mejor vestido y sus zapatos blancos de charol destinados para ocasiones especiales. Se dirigió hacia el baño y se dio una abundante ducha fría. Aún le molestaba el recuerdo del suceso ocurrido en el centro de la ciudad un mes atrás. Se vistió y salió aprisa de su casa; tenía que comprar algunas cosas antes de dirigirse al hospital.

Llegó hasta la esquina de la calle y se recostó contra el muro de la tienda de don José. Lo saludó efusivamente y le pidió que le separara una botellita para la celebración. Miró desprevenido hacia la calle de arriba en espera del bus y observó que bajaba una moto con dos ocupantes. No les prestó importancia, pues en ese momento sólo le preocupaban los cuarenta mil pesos del arriendo; tendría que hacer otro trabajito.

Los dos individuos se acercaron, lo miraron fríamente y con algo de nerviosismo. Fernando sólo alcanzó a oír: "¡es él!"; y de inmediato dos detonaciones alteraron la tranquilidad de la mañana. Sintió un gran ardor en su cabeza y otro en su pecho; una vacía sensación de que algo se le escapaba le inundó el cuerpo y aquel frío cortante volvió a recorrerlo. Miles de imágenes y recuerdos pasaron con velocidad por su mente. Luego...nada. Sólo el murmullo del tumulto y los rumores de la gente en los corrillos.

Claudia María Vargas Rico

Calles

La acera no quiere ser trinchera
la puerta quiere opinar
los muros no quieren ser
testigos de tantos lamentos
las calles exigen ser invadidas
por rostros alegres por pasos tranquilos.

Somos

Somos
un aguacero de miedos
un manojo de alegrías
un par de manos atadas.
Somos canto y una prolongación de batallas.

La luna

La luna sintió tu llegar
y ahora
anda como loca en el universo
como si presintiera
tu despedida.

Ansias

Te busqué tan tarde
porque al sentimiento
no le queda tiempo
de guardar el amor
hasta mañana.

Hoy

Hoy ignoré mi barrio y sus calles
mi gente y sus amarguras
mi ciudad y su violencia
mi miseria y mi vanidad
mi orgullo y mi dignidad.

Hoy sin haber terminado el día
lo único que hago es acordarme de vos
y tu costal de locuras.

Nadie

Nadie nos
manda
nadie nos
controla
nadie nos
ata
nadie nos
sigue
y así nos
convertimos
en los carceleros
de
nosotros mismos.

Amigo

Amigo que no nos hemos
visto ni una vez siquiera
estamos resentidos
por lo mismo

Quizás

Quizás mi conflicto empezó
cuando me encontré
frente a tu cadena.

Juan Fernando Zuleta

Caminando

Caminando
uno mismo sabe
cuántos pasos tiene un kilómetro.

Mile

—¿Puedo irme?

—No. Hasta que no me devuelvas los besos que anoche te di.

Sonreí y voltio la mirada:

—Mile, faltó fuego en muchos de esos besos que me diste. Por eso, más bien me marchó. Y los pensaré, los calentaré y después te los devolveré uno por uno.

La Güelerosa

Piraña, ¿tenés cuero para armarlo? preguntó el Chiqui.

—¿Y es que vos te trabas?

—Sisas, parcerito. Y vea la yerbita que traigo habló sonriendo y sacando una bolsita blanca de su billetera.

—A ver, a ver, yo le compruebo a este man de lo que es capaz.

Extrajo también de su bolsillo una billetera negra, sacó el tendido blanco y lo armó.

—Listo, muchachos.

Él mismo lo prendió, estrenándolo.

—¡Ah! Qué beelleeza.

Y lo pasó a la mano más cerca que había estirada. Y añadió:

—El que no se haiga trabado, y esta sea la primera vez, aquí no lo haga.

Cuando la pata pasó por las últimas bocas, armaron el otro, porque ya estaban que la mataban. La mató la boca diez, la de Rigo.

Yo me hallaba con Albert y Fredy viendo cómo ellos daban sus buenos pitazos y botaban humo como locomotoras:

–Los hijueputicas que uno no los creía y vea con lo que salen.

Ellos mataron tres patas y no pudieron seguir, pues se les acabó la güelorosa. Les empezó la concentración. Luego, era el que más hablara y riera.

¿Qué pitos tocan?

Como todos los domingos, aquella mañana nos parchamos en la cancha.

–Parceros, la recoleta para comprar la bola dijo el Mello.

–Meto cien inició Guaraná.

–Meto cincuenta continuó Tobi

–Muévase pues mijo con el billullo le dijo el Mello a Federico. yo sé que vos estás luquiao porque ayer te pagaron, caretabela.

–Nada parece. Estoy sin plata.

–Eso siempre decís, bobo hijueputa.

–Meto el resto concluí yo. Pero que otro vaya a comprar la bola donde Milio.

–¿Y cómo vamos a picar eso?

–Habemos doce. Juguemos cuatro contra cuatro y el que gane juega con los otros cuatro. Y de a tres goles.

El primer combo quedó así: Mello, Moré, Miguel y Tobi. Y su contrincante: Julián, Juangui, Nano y Mario. En la plancha nos sentamos Robert, Manuel, Jorge y yo, a observar el guerreo.

Hablamos de los goces en la fiesta de la noche anterior. De las areponas y de las que no se dejaron cotizar. Robert se cotizó una morena chimba y al amanecer le pidió el tales. Ella aceptó y a una pieza de atrás se fueron a comer ese pegado. Pero le robaron los pisos que había comprado hacía sólo cinco días.

–¡Cuál sería el gonorra para meterle unos pepazos en esa puta cabeza!

Los de la cancha alegaban por un penal mientras Robert se tranquilizaba.

–Tengo una duda entre Cacalos y aquel perro que está allá arriba y señaló a Nando que se acababa de asomar por el morro. Pero cuando sepa le va a saber a cacho al marica que me haiga traicionado. Ya tengo el fierro listo para comprarle el tiquete y mandar de paseo a ese fariseo... O a la final mato a esos dos chandosos. Vamos a ver qué pitos tocan.

Les toca a ustedes maricas nos gritó el Mello desde la portería.

En la sombra

Estábamos parados el finado Alex, Mera, Diego, Topo, también finado, y yo, en una esquina del barrio, cuando ¡tan! llega una parca con la gonorrea del Gómez, un tombito que no nos podía ver por ningún lado. Yo estaba engaleochándome y tiré el botecito con pega. "Suban todos cinco", nos dijo. "¿Por qué agente (claro que todos pensábamos: este pirobo tan alzo, ¡agente!) sino estábamos haciendo nada?" Y el títere ese: "Se suben pues o los subo!" "Entonces todo bien" y nos subimos.

Empezaron a pasearnos por todas partes en esa parca como animales raros, para que la gente nos mirara.

Después nos bajaron al parque y nos dejaron allí como media hora. Toda la gente lo miraba a uno como una cosa extraña y decía: "Estas locas van pal F2".

En esas llegan la cucha del Mera y la mía, y le dicen a este toambo marica: agente ésto y lo otro (bueno, ustedes saben lo que dicen las cuchas), y este marrano les dice: "vayan y les llevan comida a la 71 ó al F2". Me dice la cucha: "todo bien, que estos tombos las pagan, muchachos".

Llegamos a la 71 como a las seis p.m. Todos pensábamos: nos dejarán veinticuatro horas. Llegaron las seis de la mañana y nos llamaron por lista, "Ustedes van para el F2", nos dijeron.

Cuando estábamos desayunando llega un man todo caresuave y empezó a desatinar el parche: porque entró un pelao de unos doce años, dijo esa gonorrea: "Ya tengo pollo pa la noche". Y le dice Mera: "usted empieza a molestar ese pelao y todo bien con nosotros". Cuando ¡tras! dice el man: "ve este pirobo", nos levantamos y todos le dimos pata y puño al piso. ¡Pero era más sapo! Se puso a llorar y llamó a una gonorrea de toambo que había ahí y entró dando dedo: "éste, aquel, aquel otro"; y de una nos sacaron pa fuera.

Conectaron una manguera y nos mojaron con todo y ropa. Cuando estábamos entrando al calabozo nos encendieron a tabla, por ese marica, pirobo.

Ya después nos pasaron para el F2. Allá dijeron: "estos pelados no deben nada". Yo pensaba: "qué chimba que nos soltaran!". Pero nada güevón. Nos llevaron para permanencia, para un escorbuto de calabozo, que lo primero que se ve es un letrero que dice: CALABOZO LA MANO MACABRA.

Entramos los cinco. Todos callados nos miraban; pero la ventaja era que nosotros éramos cinco. Bueno, de pronto un man como todo alzo nos pregunta: "compañeros ¿por qué están aquí?". Yo le digo: "por nada güevoncito". Y bueno después el man era como todo alzo.

Había dos pelaos más sardinos que nosotros; uno recién operado. Cuando llega otro man ahí, el que es muy alzo se paró a cagar a una gonorrea de zanja que hay allá. El man que acababa de entrar le dijo: "oíste vos, que sos el duro, véndeme un bareto". Y éste todavía no se había parado de cagar cuando ¡tan! le da qué patada. Y se para este man que acababa de entrar y es dele y dele. El pelao que estaba operado que decía que yo soy de tal banda, se desmayó de ver el otro que le estaba dando. Ahí es donde se conocen los hombres. El man tan alzo lloraba y decía: "yo estoy encausado y voy pamba" Y dele pata y puño. Él se desmayó y lo sacaron. Después todo quedó oscuro y en silencio. No se escuchaba sino el ruido de esa marica cañería y los ratones.

Al otro día nos llamaron los de arriba. Cuando dice un man: "Alex y Diego van pamba". A Mera, Yiyo y yo nos montaron en un carrito pequeño que parecía un sauna, güevon. Si vieras que Yiyo prendió un cigarro y se llenó ese carro de humo: casi nos ahogamos.

Arrancó el carro y pensaba: "será que nos van a cascar", y pensaba muchas cosas más. Creo que también los otros lo pensaban, porque todos nos quedamos callados. No se oía sino el sonido del carro.

Nos llevaron otra vez para el parque del barrio y nos subieron a hablar con un cucho cariquemao, negro. Teníamos más presencia nosotros que ese negro. Nos dejaron unos veinte minutos y nos soltaron. Yo dije: "¡qué chimba güevon! para la casa a desayunar". Eso fue como un viernes. Yo tenía unos pesos guardados y por la noche bajé al parche y nos pusimos a hablar. Después mandamos por perico y chorro. Nos dimos los cantaos y nos tomamos los chorros todos.

A los días se vino el Alex de Bellavista y la cucha estaba contenta. Se pasaron de por allá para que se enfriara. Pero nadie sabe lo que va a pasar.

Llego yo del centro en una buseta cuando ¡tan! me dicen: "¿sabe qué güevon? cascaron al Alex". "¿A cuál?", pregunto. "Al parcero de Pacho, el Pescao", me dicen. "Uy, marica, al Alex. ¿Y dónde lo tienen?". "Por allá abajo", me dicen.

Nos bajamos Moman y yo por unos callejones. Lo estaban velando en un segundo piso. Pero sabe qué compañero, ¡qué poquita gente del barrio! Había sólo un toque de gente. Como el hombre era nuevo por allá, no había nadie. Después nos bajamos a coger un taxi y nos paró. Nos dice: "los llevo por una lúca pero hasta el Caí". "Listo", le dice el Flaco.

Llegamos al barrio y el tiempo pasó. Ya no volví a ver a ese toambo. El Meraldo se fue para el otro lado. Diego está por allá arriba. Y yo todavía estoy en el barrio. Pienso que los que aún quedan acá son sobrevivientes. Y que esta puta vida es una meditación a la muerte.

La Fiesta del Alma

1

La vida es una porquería
a pesar de que tiene sus cosas
buenas y malas
Si piensas en la muerte
te da pánico
Piensa piensa en ella que
está atrás o delante de ti
La muerte es como un mujer bella
que con sus labios y sus diabluras
te llama
te llama para la tumba
No le huyas
relaciónate con ella

que al fin sólo somos
unos animales de costumbres
y las costumbres sólo nos ayudan
a apegarnos a la vida
Relaciónate con la muerte
búscala a dónde vayas
no le huyas
Búscala
no le temas
si le temes a la muerte.

2

¿Acaso no sabes
que estamos en este pedazo
de tierra podrida
muriendo día tras día?
(yo pienso esto de mi vida)
Porque la vida nos da
y nos quita cosas buenas
y sólo quedamos las malas
pedazos de masas podridas
escombros
Yo considero al hombre como un animal
que ríe y habla
y sólo son costumbres
por eso vuelvo y repito
animales de costumbres pero
Pienso y pienso en la muerte
¿cómo nos relacionamos con ella
si no sabemos cuando llega?
Por esto
es bella la muerte
no pregunta qué clase social
si es negro blanco rico pobre
o si es hombre o mujer

3

Porque la vida es así
no te amargues pensando
a qué vinimos a esta porquería
porque pensamos
que esta porquería de vida
es un mundo de desigualdades
porque aquel tiene más que aquel
De dónde viene el sicariato
de la necesidad de dinero ¿por qué?
porque muchos de mis compañeros

no tuvieron nada en su niñez
ahora sólo piensan
dinero, drogas, mujeres
y fierros
pero todo es un modismo

4

Hoy en día le dices a un x
o tal persona:
"Necesito que me haga
ese cascao por otro"
Pero piensa que a vos te cascan
el que necesitás
y vos no
el del que te pintó el negocio
Y ahí vas mal
porque ya tenés
de alguna manera que corresponder
"Lo prometido es deuda".

Anteriormente se morían
y era algo extraño
hoy en día es una alegría
para el que se muere
(porque para mí)
la muerte es la fiesta del alma

Algo así como una cosa
que nadie ha experimentado
y si le toca a uno
debemos estar listos
para recibir esa alegría

No debemos llorar
debemos cantar
tomar todo con calma
porque sabemos que todos
no estamos preparados para eso
pero yo lo estoy

Espero que el día de mi muerte
estén todas las amistades
y que no haya hipocresías
de flores de papel
ni lágrimas grotescas
de gente hipócrita

Por eso
debemos gastar esta puta vida
disfrutar lo que más nos guste
porque la vida es sólo sorpresas
a veces felicidad y otras
tristeza

Por eso
yo vivo tranquilo
sin ningún problema
porque esta porquería
sólo son problemas

Por eso digo
no te dejes atemorizar
de las cosas raras que pasan
en esta porqueriza
porque así te la haces más pesada
más imposible de lo que es

Pero si alguien
por cosas de este infierno
no está decidido a la muerte
es que no ama la muerte

Por eso
no ames este pedazo de vida
porque para uno ser feliz en este mundo
debe estar loco.

6
Qué haríamos sin la muerte
¿quién nos libertaría de la vida es
decir el dolor?

Yo digo
se cambia muy fácil de ideas
pero no de pasiones
porque la pasión
es algo que viene de adentro
es como obligar a un león
a vivir en una gran ciudad

Yo digo
que si tú, él o todos
nos miramos a cada instante
en un espejo

miramos cómo nos pasa la vida
que nos sentimos viejos
Por eso
yo no quiero llegar a viejo
gas! llegar a viejo.

Doy gracias a los siguientes alumnos del Idem Fe y Alegría La Cima quiénes contaron la mayoría de estas historias:

Rodrigo Echeverry, Angela M. Galvis, Luz E. Salazar, Migdonia Arboleda, Manuel S. Zapata, Luis Aristizábal, Carlos M. Arroyave, Jhon D. Mejía, Wilson F. Cano, Carlos A. Mira, Elkin G. Carmona, Hernán D. González, María C. Muñoz, José A. Aguilar, Luis A. Tabares, Gertrudis E. Álvarez, Wilfer Botero, Asdrúbal F. Ramírez, Yazmín E. Taborda, Nelson E. Alvarez, Marta L. Muñoz, Estella Grisales, Adrián Monsalve O., Dinelly Marín, Jhon J. Restrepo, Gladis E. Torres, Carlos A. Ruiz, Claudia P. Velázquez, Luz Y. González, Mónica M. Correa, Luz Mildred Ramírez, Yillmar A. Atehortúa, Paula A. Bermúdez. Margarita Grisales, José M. Quintero, Olivia Lezcano B., María O. Holguín, Viviana M. Yepez, Sandra M. Sánchez, Nelson Ospina, Paula A. Urán, Jaime A. Álvarez, Diana B. Cardona, Jhon A. Giraldo, Ana V. Gutiérrez, Claudia M. Sánchez, Sandra B. Quintero y Lucy E. Sarrazola.

“Toda Verdadera historia es individual. Un hilo que se alarga. Un destino. Una tragedia.

Captar la conversación que sostienen unos muchachos sobre una de las tantas planchas de cemento que existen en los barrios que se asentaron sobre las laderas de las montañas de este valle, hace parte de la Historia.

Contar la historia de alguien. Pararse y contarla con comienzo y final. O contar la historia que otro ha contado.

Historias que atraviesan la ciudad de punta a punta y salen y entran continuamente llevadas por los hombres.

Historias de lo que se cuenta aquí y ahora. Idioma que se desplaza como el viento que a ratos recorre las calles de la ciudad.

La literatura siempre está comenzando: Homero y Sherezada están naciendo y muriendo día a día”.

RUBÉN DARÍO LOTERO CONTRERAS

Medellín, 1955

Poeta y profesor. Ha publicado poemas, artículos y relatos en diferentes antologías, revistas y periódicos del país.

En 1988, con su libro “Tarjetas de navidad”, ganó el concurso “La navidad y el recuerdo” de la Secretaría de Educación Departamental. Con sus poemas “Meros apuntes urbanos”, como él los

llama, ocupó el primer puesto en varios concursos durante 1990: Concurso Carlos Castro Saavedra; Concurso de Extensión Cultural Departamental y primer Concurso Secretaría de Educación. Actualmente se desempeña como profesor de sociales en el Idem Fe y Alegría-La Cima y de Español en la Universidad de Antioquia, donde también termina su postgrado en Educación.

“Historias de la calle” está basado en los relatos de jóvenes de la zona nororiental de Medellín, y logra dar una imagen más amplia de su vida y su realidad.

**Corporación
Región**